

ROBERTO DE GRANDIS, S.S.J.

SANA

A TU HERMANO

Colección

CARISMA

6

Roberto De Grandis

SANA A TU HERMANO

Una introducción al ministerio
de sanación

Colección CARISMA

Título original: INTRODUCTION TO THE HEALING MINISTRY

Con las debidas licencias

Actuó sólo como impresor:

Talleres Gráficos Pía Sociedad de San Pablo

Avda. Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.) Chile

4ª edición - Junio de 1994

Impreso en Chile - Printed in Chile

PROLOGO

Todo cristiano puede orar por un hermano enfermo. Jesús nos indica esto en su evangelio (véase Mc. 16, 18). Es una intercesión ocasional por un hermano que necesita nuestra ayuda.

Ahora bien, el servicio de sanación o el ministerio de sanación añade algo más. Supone el llamado de la comunidad a algunos de sus miembros para que éstos sirvan a la Iglesia en esta actividad. Como indica san Pablo en 1 Cor. 12, la comunidad es un cuerpo en que hay diversidad de miembros con diversidad de funciones. Orar por los enfermos puede ser un servicio especial dentro de la comunidad.

En este caso, los cristianos que ejercen un ministerio, son instrumentos escogidos por Dios para una actividad frecuente, especializada. Si ellos responden generosamente, el Espíritu Santo desarrolla en ellos un carisma.

El libro que presentamos aquí es una introducción al servicio de orar por los enfermos. Es un manual práctico que enseña la manera de responder a este llamado de la comunidad.

El padre Roberto De Grandis, ssj, tiene amplia experiencia en esta materia. Durante varios años dirigió en Birmingham (Alabama, Estados Unidos de América) un curso sobre la oración por los enfermos. Es autor de varios libros sobre esta materia. Ha dado ciclos de conferencias sobre la misma en diversos países de Centro y Sudamérica.

Esta traducción tiene como fin ayudar a los que ya oran por los enfermos, y para animar a otros muchos cristianos a que tomen parte en este servicio de amor.

Con permiso del autor, se han condensado algunas partes de su libro para adaptarlo mejor a nuestro público latinoamericano. También, se ha expandido la fundamentación bíblica.

LOS EDITORES

INTRODUCCION

“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn. 10, 10).

Las Escrituras relatan que Jesús sanó a todos los que acudieron a él. En verdad Jesús dijo: “Impondrán las manos sobre los enfermos y los curarán” (*Mc. 16, 18*).

Definitivamente parece que habrá más sanaciones en estos días a fin de que Jesús sea glorificado. Los grupos de oración se están formando a través de todo el mundo. La gente se está reuniendo para orar, y cuando lo hacen, los enfermos frecuentemente sanan. Jesús quiso que esto fuera así. El nunca se negó a sanar cuando veía que había fe verdadera. Una tercera parte del evangelio nos habla de las sanaciones de Jesús. El predicó la buena nueva, perdonó los pecados y al mismo tiempo curó las enfermedades físicas de los hombres. Quería ayudar al hombre *entero*.

¡Qué maravilloso es ver el poder del Señor que se manifiesta cada día más extensamente! Ya no se dice que Dios ha muerto. Tenemos experiencia de su poder maravilloso. Los sacerdotes no deben sentir temor de cumplir el mandato de Jesús sanando a los enfermos. “Jesús es el mismo, ayer, hoy y siempre”. El quiere sanar a los enfermos a través de su Iglesia.

En nuestra sociedad hay una verdadera batalla contra el daño que producen las drogas, en especial entre la juventud. ¿Es-

tamos usando el poder que Jesús nos dio? “Cuando pidan algo en la oración, crean que ya lo tienen y lo conseguirán” (Mc. 11, 24). No hace mucho que oro por los drogadictos con la imposición de manos, y he visto grandes cambios de actitud en sus vidas. Estas personas están verdaderamente enfermas y debemos reclamar las promesas de Jesús: “Y estos prodigios acompañarán a los que crean... impondrán las manos sobre los enfermos y los curarán” (Mc. 16, 18).

Hay otro factor de mucha importancia con que nos encontramos en nuestros días. Somos capaces de enviar hombres a la luna, y sin embargo las enfermedades siguen en aumento, en especial, las enfermedades relacionadas con tensiones nerviosas: úlceras, enfermedades del corazón y depresiones psíquicas. ¿Qué puede hacer la Iglesia para ayudar al hombre moderno en su afán de encontrar la paz? Jesús sanó a los enfermos y pidió a sus seguidores que hicieran lo mismo. Jesús nos dejó la paz: “Les dejo mi paz, les doy mi paz” (Jn. 14, 27). Nosotros los cristianos, ¿podemos decir que tenemos la paz de Cristo? La mayoría estamos envueltos por las tensiones de la vida diaria. Sin embargo, Jesús nos prometió la paz en forma enfática.

A mí me parece que hay un *Ministerio de Sanación* que la Iglesia debe realizar para traer la *Sanación de Jesús* a los hombres que sufren por falta de fe y amor. Esta es la sanación espiritual. El hombre moderno está lleno de ansiedad, frustración, preocupación e irritación. Con todo Jesús nos dice: “Busquen primero el reino y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura” (Mt. 6, 33). Si buscamos al Señor, tendremos todas las bendiciones que él prometió. Entonces, seríamos sanados por otros cristianos porque Jesús constantemente mandó a sus seguidores que “sanaran a los enfermos” en su nombre.

Hay cristianos que están cumpliendo este mandato. Cada día más y más están “imponiendo las manos” sobre los enfermos y están viendo una variedad de sanaciones. Estos cristianos sienten que obedecen a los mandatos de Jesús. Yo he visto

muchas de estas sanaciones y estoy convencido de que cualquiera puede imponer las manos y orar con fe para que los enfermos sanen. Jesús prometió: “Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama se le abrirá (Mt. 7, 7-8). “Yo haré todo lo que ustedes pidan en mi nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si ustedes, me piden algo en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14, 13-14).

Podemos esperar que el Señor oiga nuestras oraciones, vea nuestra fe y nos sane. Hay un nuevo movimiento en la Iglesia de hoy para revivir la “imposición de manos” y el ministerio de sanación. Es interesante ver que los que están haciendo esto son, en su mayoría, laicos: esposas, choferes, carteros, doctores y trabajadores. En esencia, están pidiendo con fe que Jesús cure a los enfermos como lo hizo dos mil años atrás. Sabemos que él ama a la gente de hoy con la misma intensidad con que amó entonces. Y lo demuestra, ¡porque está sanando!

I

SANACION

Jesús predicaba el reino enseñando a los hombres que Dios los amaba. Ahora él hace lo mismo por medio de sus seguidores. Así como sanaba entonces para mostrar el amor de Dios por sus hijos, él sigue sanando hoy a los que creen en él. La sanación puede ser del espíritu, de la mente o del cuerpo. A menudo, se realiza en estos tres niveles. La sanación del espíritu quiere decir que la persona ha sido fortalecida en su espíritu... su fe, su amor y su confianza se han hecho más firmes.

La sanación en la mente (sanación psicológica) significa que se ha recibido un toque de Dios que produce más paz, satisfacción, confianza, aceptación de sí mismo, o cualquiera otra cualidad que constituya la armonía de una persona. Frecuentemente esto incluirá la sanación de las memorias dolorosas del pasado.

La sanación del cuerpo significa una vuelta de salud a alguna parte del organismo, como por ejemplo al corazón, o a los pulmones.

Muchos de nosotros necesitamos estas bendiciones. En nuestros días en que hay tantos cambios en la Iglesia, vemos que la fe de muchos tambalea, necesitamos una profundización de nuestra fe y el único que puede darnos esto es nuestro Señor Jesús.

Nuestra época está mareada por tensiones y frustraciones.

La gran mayoría, necesitamos una sanación de nuestras emociones.

Sabemos que en lo físico somos una generación de enfermos. Jesús quiere que seamos felices: “Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (*Jn. 10, 10*). Necesitamos su ayuda para tener la plenitud que Dios, en su sabiduría, quiere para nosotros en esta vida. La completa y eterna felicidad en la otra vida, la quiere Dios para todos.

BASES BIBLICAS

La Biblia nos ofrece amplia enseñanza sobre la sanación.

1. Dios quiere sanarnos

El evangelio es la “buena noticia” de que Dios nos ama con un amor de Padre; y que “tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no muera, sino que tenga vida eterna” (*Jn. 3, 16*).

Este mismo amor salvador lo expresó Jesús cuando describió su misión con las palabras del profeta: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. El me envió a llevar la buena noticia a los pobres y anunciar la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos y a dar la libertad a los oprimidos” (*Lc. 4, 18; Is. 61, 1*).

Salud es libertad para los que están bajo el yugo del pecado, o para los oprimidos por las debilidades del alma y del cuerpo, ciegos a la bondad de Dios, o cautivados por malos espíritus. Todos los milagros de Jesús son señales de salvación.

Por esto, cuando Juan Bautista le mandó preguntar a Jesús si era el Salvador prometido, Jesús respondió: “Vayan a contar a Juan lo que ustedes oyen y ven, los ciegos ven y los parálíticos caminan. Los leprosos son purificados y los sordos oyen, los muertos resucitan y la buena noticia es anunciada a los pobres” (*Mt. 11, 1-5*).

Así vemos que la acción de Jesús es siempre de perdón, de sanación, de liberación porque éstas son señales del reino que será perfecto en la gloria. Allí será: “La morada de Dios entre los hombres, él habitará con ellos, ellos serán su pueblo, y él mismo estará con ellos. El secará todas sus lágrimas y no habrá más muerte, ni pena, porque todo lo de antes pasó” (*Apoc. 21, 3-4*).

Estos textos nos dan la plena seguridad de que la santidad, la salud y la felicidad están en la voluntad de Dios. “Tenemos plena confianza de que Dios nos escucha si le pedimos algo conforme a su voluntad. Y sabiendo que él nos escucha en todo lo que le pedimos, sabemos que ya poseemos lo que le hemos pedido” (*1 Jn. 5, 14-15*).

2. Condición indispensable: la fe

Dios es omnipotente e infinitamente libre en el ejercicio de esta omnipotencia. Pero él respeta nuestra libertad y de ordinario no nos otorga sus favores si no hay de nuestra parte alguna apertura para recibirlos.

La fe (o confianza en el amor, sabiduría y poder de Dios) parece ser una condición indispensable. Si falta en la persona que recibe la oración, por lo menos debe darse en el que la pide para sí o para otro.

Es notable la frecuencia con que Jesús relacionó sanación con fe. El estudio del evangelio nos revela distintos casos.

a) *Fe para obtener un milagro.* Hay muchos casos en que la súplica llena de fe parece forzar al Señor a hacer un milagro.

Cuando cuatro hombres abren un boquete en el techo para bajar ante Jesús a un parálítico, Jesús se admira de “la fe de ellos”, y procede a perdonar los pecados del enfermo y a sanarlo (*Mc. 2, 1-12*).

A la mujer que tocó con disimulo el manto de Jesús, el maestro le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz, y queda curada de tu enfermedad” (Mc. 5, 34).

A la mujer cananea que suplica por su hija, e insiste ante la negativa de Jesús, éste termina por decir: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Qué se cumpla tu deseo!”.

En todos estos casos vemos una súplica insistente y llena de fe. Esta fe es una confianza en la bondad y en el poder de Jesús.

b) *Fe para recibir la acción milagrosa de Dios.* En otros casos, no se destaca tanto la súplica, sino la fe como condición para recibir la acción de Dios.

Así, la falta de fe es un obstáculo. Cuando Jesús llegó a Nazaret, se encontró con desconfianza y hostilidad. “No pudo hacer allí ningún milagro, fuera de curar a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos sus manos. Y él se asombraba de su falta de fe” (Mc. 6, 1-6).

Diverso es el caso de los dos ciegos. Cuando vinieron a Jesús, él les dijo: “¿Creen que yo puedo hacer lo que me piden?, ellos le respondieron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos diciendo: que suceda como ustedes han creído” (Mt. 9, 28-29).

En otra ocasión, le traen a Jesús un muchacho que cae en tierra, echa espumarajos, se revuelca. El padre del muchacho suplica: “Si puedes hacer algo..., ayúdanos. Jesús le respondió: Al que cree todo le es posible” (Mc. 9, 22-23).

En estos casos, la afirmación de la fe remueve todo obstáculo para que Dios pueda actuar. La fe en el amor, sabiduría y poder de Dios incluye una entrega en la voluntad de él. Salimos de nuestro egocentrismo para centrarnos en él. Nos convertimos en niños que confían en la voluntad del Padre que siempre “da cosas buenas” (Mt. 7, 11).

Me acuerdo de una señora muy afligida porque el médico le diagnosticaba cáncer. Le ayudé a ella para que orara: “Señor, te pido la salud, pero me entrego enteramente a tus ma-

nos, *sea lo que sea*. Confío en tu amor, tu sabiduría y tu poder”. Desaparecieron los síntomas del cáncer.

En esta fe, la confianza no se pone en la propia oración, ni en la propia fe, sino solamente en Dios. Sabemos que muchas veces no se dará la salud que pedimos, porque los caminos de Dios “son más altos” que los nuestros, pero hacemos confianza en él; él sabe lo que es mejor.

c) *Certidumbre de la intervención divina*. Hay también otra fe extraordinaria, que suele llamarse “Fe de milagros”. San Pablo la incluye entre los dones carismáticos (1 Cor. 12, 9).

Jesús se refiere a ella cuando dice: “Tengan fe en Dios. Porque yo les aseguro que si alguien dice a esta montaña retírate de ahí y arrójate en el mar, sin vacilar en su interior, sino creyendo que sucederá lo que dice, lo conseguirá. Cuando pidan algo en la oración crean que ya lo tienen y lo conseguirán” (Mc. 11, 22-24).

Esta fe va más allá de la confianza en la bondad y poder de Dios. Esta fe incluye una certidumbre de que Dios va a intervenir efectivamente. Por esta razón no está en nuestra mano, ni se da siempre.

Siempre está en nuestra mano ejercitar la fe o confianza en la bondad divina. Lo podemos hacer gracias a la virtud teológica de la fe, infundida en nosotros por el Espíritu Santo. Pero la fe carismática no se nos comunica siempre que la deseamos; es intervención extraordinaria de Dios, cuando él quiere comunicarnos la certidumbre de su intervención.

d) *Certidumbre de una acción constante*. En Mc. 16, 17-18, leemos lo siguiente: “Y estos prodigios acompañarán a los que crean: arrojarán a los demonios en mi nombre y hablarán nuevas lenguas; podrán tomar a las serpientes con sus manos, y si beben un veneno mortal no les hará daño; impondrán sus manos sobre los enfermos y los curarán”. Y en Mt. 28, 20 te-

nemos: “Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo”.

Aquí se nos da una promesa explícita del Señor: su acompañamiento constante y señales de esta presencia en forma de preservación milagrosa y de sanaciones.

Tenemos, pues, aquí un fundamento especial para nuestra fe. No es solamente la confianza en la bondad y poder de Dios; ni es la intervención extraordinaria en casos excepcionales, sino la promesa de una acción casi ordinaria con nosotros. En virtud de esta promesa, el cristiano puede contar con una asistencia divina cuando, llevado de su amor pide por los enfermos para que estos sanen.

3. Pasos para recibir la sanación

a) *Ora en el nombre de Jesús.* “Si ustedes piden algo en mi nombre, yo lo haré. Les aseguro que todo lo que pidan al Padre, él se lo concederá en mi nombre” (Jn. 14, 14; 16, 23).

Pedir en nombre de Jesús, es pedir en virtud de nuestra vida en él. El es la vid, nosotros los sarmientos. Al pedir movidos por su Espíritu, es él mismo el que nos está inspirando; somos portavoces de él; pedimos en nombre de él.

b) *Habla a Dios con un corazón abierto.* “Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ¿Quién de ustedes, cuando su hijo le pide pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pez le da una serpiente? Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre celestial dará cosas buenas a aquellos que se las pidan!” (Mt. 7, 7-11).

c) *Vacía tu corazón de resentimientos: perdona y ama. Confiesa tus pecados.* La persistencia en el pecado es un impedimento para la acción de Dios, porque supone un corazón

endurecido en el mal. No podemos pedir con confianza de hijos, mientras mantenemos un corazón duro contra el Padre.

Por esto Jesús perdonó primero los pecados al paralítico; después lo sanó. Además, al sanado junto a la piscina le recalcó que no volviese a pecar para que no le sucediera algo peor (vea *Mc. 2, 5; Jn. 5, 14*).

En este mismo sentido escribe el apóstol Santiago: “Confiesen mutuamente sus pecados y oren los unos por los otros, para ser curados” (*Sant. 5, 16*).

Entre los diversos pecados, los que más impiden nuestra comunicación con Dios son los resentimientos y nuestra resistencia a perdonar. Son muchos los pasajes en que Jesús nos manda perdonar. Insiste que, si es necesario, debemos perdonar más de setenta veces siete, es decir, siempre. Añade la parábola del siervo que, habiendo sido perdonado por el rey en una suma enorme, no quiere perdonar después una cantidad mínima que le debe un compañero (Sobre perdonar, vea: *Mt. 6, 12-15; 18, 21-35; Mc. 11, 25, 26; Lc. 11, 4; 7, 3-4*).

No solamente debemos vaciarnos de resentimientos; si queremos ser buenos canales para la acción sanadora de Dios, debemos pedir al Señor que nos llene de su amor. Escribe san Juan: “Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y de palabra sino con obras y de verdad... Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (vea *1 Jn. 3, 18-24*).

En su discurso de la última cena, Jesús relaciona el amor al hermano con la obtención de lo que pedimos: “Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado... Yo los he amado... Yo los elegí a ustedes para que vayan y lleven fruto... para que todo lo que pidan al Padre en mi nombre, él lo conceda. Lo que yo les mando es que se amen los unos a los otros” (*Jn. 15, 12-27*).

d) *Recibe la oración de intercesión y la imposición de manos.* La oración de intercesión es un ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal. Todo cristiano está llamado a ser representante del pueblo de Dios y a interceder por sus miembros.

Cuando esta intercesión se hace en grupo, resalta más este carácter de todo bautizado. Jesús dijo: “Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy presente en medio de ellos” (Mt. 18, 20). De esta manera, la intercesión sacerdotal se hace con Jesús; o mejor dicho, Jesús ejerce su sacerdocio con nosotros y a través de nosotros.

En este contexto la imposición de manos nos recuerda el gesto con que el padrino de confirmación, representante del pueblo de Dios, presenta a su ahijado para que reciba la infusión del Espíritu Santo. El gesto es de amor fraterno y de presentación oficial ante el Señor.

Además, cuando imponemos manos sobre un enfermo, recordamos las veces que Jesús impuso las manos y sanó a los enfermos. El quiere seguir haciéndolo a través de nosotros. No tenemos nosotros el poder de sanar, pero nos ofrecemos como instrumentos de él, para que él ejerza su poder sanador. Así se realizan las palabras: “Impondrán las manos sobre los enfermos, y los curarán” (Mc. 16, 18).

El enfermo necesita comprender todo esto para recibir en su verdadero sentido la oración de los hermanos y la imposición de las manos. No se trata de ritos mágicos, sino de entrar en el misterio de la unión íntima de la Iglesia con Cristo.

e) *Recibe la acción de Dios y no dudes.* Dios oye siempre la oración bien hecha, y responde con una bendición. Muchas veces ésta no será exactamente la que pedíamos, pero será la que más nos conviene en el momento, según la sabiduría infinita de Dios.

Por esto es importante que desde el instante en que pedimos, contemos ya con la respuesta de Dios, y comencemos a darle gracias con confianza.

En el evangelio tenemos muchos casos de la aceptación de la palabra de Dios, aun antes de hacerse patente la sanación. A los diez leprosos Jesús les dijo: “Vayan a presentarse a los sacerdotes”. “Y en el camino quedaron purificados” (Lc. 17, 14). Al oficial del rey, Jesús dijo: “Vuelve a tu casa, tu hijo vive”. “El hombre creyó en la palabra que Jesús le había dicho y se puso en camino. Mientras descendía le salieron al encuentro sus servidores y le anunciaron que su hijo vivía” (Jn. 4, 50-51).

f) *Entrégate en las manos de Dios.* Aun cuando se pida la salud, hay personas que, en el fondo, no quieren sanar. Ya se han acomodado a su enfermedad; aún más, les gustan algunas ventajas de esa situación; sanar completamente puede acarrear enfrentar la vida...

En cambio, otras personas están empeñadas en su salud, que hacen de ella un ídolo. La miran como algo indispensable, de valor absoluto. No pueden conformarse con la idea de seguir enfermos. Tienden a “utilizar” a Dios, recurriendo a él después de haber recurrido a los médicos, a los curanderos, a los espiritistas, etc.

En uno y otro caso falta una entrega en las manos de Dios. Esta entrega supone un desprendimiento interior con relación a salud, enfermedad, vida larga, vida corta. Todo eso no tiene sino un valor relativo. Lo importante es estar en la voluntad de Dios, en su plan de infinita sabiduría y amor: “Buscar primero el reino de Dios; todo lo demás se dará por añadidura” (Mt. 6, 33).

g) *Alaba y da gracias al Señor aún antes de percibir su acción.* Cuando nos hemos puesto en las manos de Dios y pedido la salud *que él quiere* para nosotros, debemos contar ya con la gracia recibida y agradecer y alabar. Sabemos que él nos ha oído y que él ya actúa; afirmamos nuestra fe aún antes de constatar la acción de Dios.

San Pablo nos dice: El Señor está cerca; no se angustien

por nada y en cualquier circunstancia recurran a la oración y a la súplica, acompañadas de acción de gracias. Den siempre gracias por todo a Dios Padre, en nombre de Jesucristo nuestro Señor” (*Flp. 4, 5-6; Ef. 5, 20*).

h) *Da testimonio a otros de lo que el Señor ha hecho por ti.* Por razones especiales, Jesús quiso en algunas ocasiones que no se publicaran sus milagros. Pero quiso siempre que se glorificara a Dios, y aun que se difundieran sus maravillas.

Así a propósito de los diez leprosos, exclamó Jesús: “¿Ninguno volvió a dar gracias a Dios, sino este extranjero?” (*Lc. 17, 18*). Y al que libró del demonio le dijo: “Vete a tu casa con tu familia y anúnciales todo lo que el Señor hizo contigo al compadecerse de ti” (*Mc. 5, 9*). Cuántas veces recitaría Jesús el salmo: “¡Den gracias al Señor!, invoquen su nombre; hagan conocer entre los pueblos sus proezas; ¡pregonen todas sus maravillas!” (*Sal. 105, 1-2*).

i) *Permanece siempre unido a Jesucristo.* No debemos acudir al Señor solamente en el momento de necesidad. Jesús nos habla de *permanecer*. “Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan todo lo que quieran y lo obtendrán” (*Jn. 15, 7*).

San Juan nos explica cómo debemos permanecer en Dios; cumpliendo el doble mandamiento de entrega a Dios y de amor al hermano, como Cristo nos enseñó (vea *1 Jn. 3, 23-24; Jn. 13, 34-35*).

La verdadera salud comienza en el corazón o espíritu lleno de amor a Dios y al hermano. De allí se extiende al alma, a todo nuestro siquismo. Por último redunda en el cuerpo.

CONCLUSIONES

Jesús nos quiere sanos de cuerpo, mente y espíritu

El deseo fundamental de Jesús es que su pueblo redimido sea feliz, santo y sano. Para verificar esto, leamos las Escritu-

ras. Jesús siempre sanó a los que vinieron a él. El nunca les dijo que se fuesen a casa y que se resignasen a estar enfermos.

Si Dios deseara que sufriéramos, entonces estaríamos errados yendo a los doctores y a los hospitales. Todos aspiramos a la sanación por medios naturales; ¿por qué no desear la sanación con ayuda de la oración?

Cuando amamos a una persona queremos que sea feliz y esté sana y sin dolor. El Señor nos ama más de lo que nos amamos a nosotros mismos y más de lo que podemos siquiera imaginarnos. Su amor es tan grande como el océano; no tiene límites.

En Marcos leemos: “Al atardecer, después de ponerse el sol, le llevaron a todos los enfermos y endemoniados, y la ciudad entera se reunió delante de la puerta. Jesús curó a muchos enfermos, que sufrían de diversos males, y expulsó a muchos demonios” (*Mc. 1, 32-34*). ¡Jesús sanó a muchos enfermos! Con toda seguridad debe haber cumplido la voluntad de Dios su Padre. En verdad, por la gracia y la fe estamos más cerca de él que los judíos en su tiempo; entonces, seguramente él quiere sanarnos a nosotros también.

La cercanía de la unión con Dios está más allá de lo que podemos describir. En *Jn. 15* leemos: “Permanezcan unidos a mí y yo permaneceré unido a ustedes... Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece unido a la vid, así tampoco ustedes si no permanecen en mí” (*Jn. 15, 4*).

Si su vida poderosa está dentro de nosotros, ¿por qué no nos sana? Si él quiere esta vida de amor, entonces podemos presumir que ese amor quiere sanarnos, si tenemos fe.

La Iglesia católica siempre ha sido una “Iglesia que sana”. Podemos ver esto en la vida de los santos. Casi siempre hubo sanaciones evidentes.

Los centros de peregrinación para la gente cristiana son siempre lugares de fe, y en esos lugares ocurren sanaciones. El más célebre es el santuario de Lourdes en Francia.

El sacramento de la unción de los enfermos tiene por objeto hacer que la persona sane en cuerpo, mente y espíritu. Con toda seguridad, ésta es la voluntad de Dios que tanto nos ama.

¿Quiénes pueden ser sanados?

Cualquiera de nosotros puede ser sanado.

La fe es el ingrediente principal que dispone a la persona para la sanación. En la mayoría de los casos, el Señor espera que tengan fe los que buscan su poder de sanación. El dice: “Todo es posible para el que tiene fe en Dios” (*Mc. 9, 23*).

Sabemos que la fe puede mover montañas, pero ¿creemos que la fe puede curar nuestro resfrío, nuestra sinusitis y nuestra depresión nerviosa? Como cristianos, debemos creer en las palabras de Jesús: “Les aseguro que todo lo que pidan al Padre, él se lo dará en mi nombre”.

¿Cómo sucede la sanación?

La sanación puede suceder de diferentes maneras. A menudo sucede cuando estamos adorando a Dios; entonces él nos sana directamente sin intermediarios. La sanación puede suceder mientras leemos las Escrituras o durante el sueño. Muy a menudo, el Señor usa a otra persona quien ora e impone las manos sobre el enfermo. El mandato de las Escrituras es “imponer las manos”. Somos en verdad encargados de nuestros hermanos. El Señor nos usará si tenemos fe y amor.

¿Cómo orar?

Recuerda que puede haber tres aspectos en la sanación: la promesa, la oración y la alabanza.

a) *La promesa*: Jesús ha prometido muchas veces que los enfermos serán sanados y que si tenemos fe suficiente lograremos

mos lo que pedimos. Recuerda tu pasaje bíblico favorito en relación a la sanación de los enfermos.

b) *La oración*: Simplemente pide al Señor lo que quieres, usando tus propias palabras, recordándole una de sus promesas bíblicas.

c) *La alabanza*: Agradece al Señor por haber oído tu oración y estar respondiendo a ella según su infinita sabiduría y amor.

¿Dónde orar?

Podemos orar en cualquier parte. El momento ideal es después de alabanza y adoración; este es el momento en que el Señor siempre nos toca para recibir su gracia. Las sesiones de oración en grupo son excelentes para orar por los enfermos. Por supuesto, podemos rezar solos. Es mejor si oramos con otra persona que pueda imponernos las manos mientras ora.

¿Qué decir?

Reza a tu manera en forma natural y espontánea. El Señor nos pidió ser “como niños pequeños”. Lo que en realidad interesa es que seamos sinceros porque él quiere que le adoremos con sinceridad y en verdad.

¿Qué esperar de nuestras oraciones?

Confía en el Señor: él es fiel a su palabra en las Escrituras y te dará lo que sea para tu felicidad. La voluntad de Dios para nosotros es que seamos realmente felices. La propiedad del amor es llenarnos de plenitud y armonía. Confiemos en Dios que sabe lo que más nos conviene.

¿Qué sucede cuando la persona no sana después de haber orado?

¿Qué pasa cuando una persona pide al Señor que lo sane de una enfermedad y aparentemente la sanación no llega? Es-

to es algo que sucede con mucha frecuencia, y es algo sobre lo cual los que están en el ministerio de sanación deben reflexionar con mucho cuidado.

Todos los que oran, reciben mayor fortaleza en su espíritu. En otras palabras, en la oración encuentran serenidad, más confianza en el Señor, mayor seguridad en su amor, y un amor más intenso por las personas y por Jesús mismo.

Según mi experiencia y la de muchos más, los enfermos que oran con perseverancia y sinceridad logran mayor paz espiritual. Descubren que pueden aceptar mejor su propia realidad. Sienten mayor estabilidad mental.

Es frecuente que los enfermos sanen con una sola oración. A menudo, los ministros y los sacerdotes ven que las sanaciones se dan más rápidamente cuando se ora por el paciente cada día. Es muy común oír que el doctor estaba “sorprendido con una recuperación tan rápida”.

Se dan casos en que uno puede creerse abierto al Señor y sin embargo estar cerrado a él sin saberlo. Por ejemplo, una persona que experimentó poco amor en la vida, puede encontrar difícil aceptar que Jesús le ama. Hay muchas cosas que pueden ser obstáculos de sanación en la mente subconsciente del enfermo.

Cuando vemos que la gente no sana, podemos preguntar al Señor por qué no recibieron su poder sanador. A menudo, Dios manifestará su voluntad de alguna manera.

De todos modos, siempre podemos pedir al Señor que remueva lo que está obstaculizando la sanación del enfermo. En lo posible, se debe enseñar a la gente lo mejor posible. Si las personas pueden leer, se les debe dar una lectura apropiada. Muchos dicen que lo más importante en la sanación es la instrucción y estar preparado para recibir el amor del Señor. Todos los enfermos desean que se ore por ellos, pero pocos dan el tiempo necesario para instruirse sobre lo que deben esperar y qué actitud deben tener.

¿Qué podemos hacer sino orar? ¿Podemos dejar que las personas se encierren en sí mismas, se enojen, se rebelen, se depriman, intenten suicidarse y tengan otras emociones negativas? ¡No! Debemos orar, contando con la bondad de Jesús para sanarlos. Si se pide la sanación física y esta no llega, entonces podemos estar seguros de un aumento de salud espiritual. Oremos y hagamos lo que podamos dejando los resultados en manos de Dios. Jesús nos ama tanto y desea la sanación para todos nosotros, más de lo que la deseamos nosotros mismos. No tengamos temor alguno. “Para Dios nada será imposible” (*Lc. 1, 37*).

Si descubrimos que no oramos por los enfermos cuando debiéramos hacerlo, el motivo podría ser que tenemos miedo de no tener éxito y tal vez quedar mal ante los que nos observan. Los apóstoles muchas veces pasaron por tontos por amor a Cristo. Estamos expuestos a lo mismo. Sin embargo, muchas personas se darán cuenta de nuestra buena intención, amor, interés, fe y confianza en Dios; esto será una fuente de consuelo para ellos. ¡Arriesguémonos como Pedro! “Descarguen en él todas sus inquietudes, ya que él se ocupa de ustedes” (*1 Ped. 5, 7*).

El padre Miguel Scanlan ha escrito maravillosamente acerca de este problema:

“Al tratar de sanación, debemos elevar nuestra visión por encima de los problemas aislados y contemplar cómo Dios llama al hombre a participar de la vida plena en el cuerpo de Jesucristo. No podemos aislar ninguna enfermedad o herida —sea una pierna quebrada, cáncer o un complejo de inferioridad— de la visión que Dios tiene de la Iglesia como el cuerpo de Cristo, de los hombres como unidos en ese cuerpo y de las heridas como partes dolientes de toda la persona. Nuestro ministerio de sanación dará fruto en la medida en que se conforme al plan de Dios, abriendo paso a su poder para traer vida, integridad y santidad a su pueblo. Solamente dentro del plan de

Dios empezaremos a comprender la sanación del hombre completo.

”Recordemos que Dios ‘nos ha dado el ministerio de reconciliación’. Generalmente, sólo después de que las heridas del alma hayan sido sanadas, sucederá la sanación de las enfermedades físicas superficiales. A veces las enfermedades físicas son el instrumento que llevan a establecer una mayor dependencia del Señor y finalmente a una sanación interior. Muchos comienzan a profundizar en la oración y a buscar la ayuda de otros en una forma que no habrían tenido si la enfermedad hubiese sido sanada inmediatamente” (*New Covenant*, 1973).

Algunos obstáculos para la sanación espiritual

Incredulidad. El Señor nos pide creer en él. Generalmente, cuando no creemos, obstaculizamos la sanación porque él respeta nuestra voluntad y nunca nos obliga. Más bien, debemos tener esa fe que espera que Jesús nos toque con su amor.

Nuestras propias condiciones. Estas son las formas más comunes: “Va a tomar mucho tiempo”. “No necesito la imposición de manos”. “Si Dios quiere sanarme, él puede hacerlo sin mi cooperación”. “No tengo que confesar mis pecados antes de que él me mejore”.

Orgullo. Debemos humillarnos ante el Señor y admitir nuestras faltas. “Hacernos como niños”. En el mundo materialista de hoy se da mucha importancia a la reputación, la riqueza, el poder político, el influjo, etc. “El Señor resiste al orgulloso”.

Falta de instrucción. “La fe viene de escuchar, y de escuchar la palabra de Dios”. El conocimiento de la voluntad de Dios debería ser claro para todos nosotros. Así, cuando nos damos cuenta de que el Señor quiere que seamos íntegros, entonces haremos esfuerzos con todo el corazón y el alma

para estar a tono con su voluntad. “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” (padrenuestro).

Descuido de las escrituras. No se pone suficiente énfasis en el ministerio de sanación de Jesús. Lo que él hizo por su pueblo durante su estadía en la tierra, él lo hace por los suyos hoy día. Jesús vino a hacernos “felices, santos y sanos” para que podamos ser ayuda para nuestros hermanos.

Iniquidad. Cuando estamos dominados por nuestros resentimientos, odios y envidias, el Señor nos pide que busquemos sanación espiritual para nuestro espíritu antes de pedir sanación para nuestra mente o para nuestro cuerpo. Cuando la gente se libera por el perdón y el arrepentimiento, entonces a menudo son sanadas en su mente y en su cuerpo. La mayoría de las enfermedades empiezan en la mente y en el espíritu.

II

EL SERVICIO DE SANACION

*“Extiende tu mano para que se realicen curaciones,
signos y prodigios en el nombre
de tu santo servidor Jesús” (Hech. 4, 30)*

Con la propagación del movimiento carismático en el mundo, los católicos están experimentando el poder de la fe y la oración cuando oran sobre los enfermos con la imposición de las manos. Cada vez más, la gente se está sanando de una variedad de cargas físicas, mentales y espirituales. Como esto es relativamente nuevo en los círculos católicos, se hacen necesarias algunas normas que sirvan de orientación. *Los Diez Mandamientos de Sanación* son orientaciones amplias que nos ayudarán a colaborar con el poder sanador del Espíritu.

Habrán algunos que serán llamados al “ministerio de sanación”. Esto quiere decir, que su papel en el cuerpo de Cristo será orar por los enfermos. San Pablo dice: “Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo; y cada uno es parte del cuerpo. En la Iglesia, Dios ha puesto todo en su lugar... entre otros, los que ayudan a sanar” (1 Cor. 12, 27-28).

Por supuesto que todos los cristianos pueden ejercitar el poder de la oración y la fe con los enfermos. Cuando expresamos nuestro amor por otros, orando por ellos, entonces podemos apoyarnos en las leyes de la Biblia tales como: “Por

eso les digo: cuando pidan algo en la oración, crean que ya lo tienen y lo conseguirán” (*Mc. 11, 24*).

Oremos pues, para que el Espíritu Santo nos ilumine. Esto es absolutamente indispensable para comprender el “ministerio de sanación” o el poder de la oración hecha con fe. Mi experiencia de varios años me ha enseñado la gran verdad de las palabras de Cristo: “Les aseguro que, si no cambian y se hacen como niños, no entrarán en el reino de los cielos” (*Mt. 18, 3*).

Es evidente que cualquier persona que trate de cumplir los “Diez Mandamientos de Sanación” experimentará la mano amorosa del Señor Jesucristo y verá grandes manifestaciones de su poder sanador.

1. ¿Crearás que Dios quiere que todos los hombres sean sanos e íntegros!

Jesús vino a cumplir la voluntad de su Padre y él colocó la enfermedad en la misma categoría que el pecado al considerar a ambos como el resultado de una fuerza diabólica. El increpó la enfermedad en la misma forma que lo hizo con los demonios. En *Lc. 4, 38-40* leemos: “La suegra de Simón tenía mucha fiebre y le pidieron que hiciera algo por ella. Inclínandose sobre ella, Jesús increpó a la fiebre, y ésta desapareció. Inmediatamente, ella se levantó y les servía”. Jesús sostuvo una guerra santa contra la enfermedad y él sanó a todos los que vinieron a él con fe. Nunca dijo a ninguno que era mejor que sufriese o que ofreciese su dolor a Dios. Solamente pidió que tuviesen fe.

Jesús luchó contra la enfermedad de la misma manera que hoy lo hacen los doctores cristianos, los hospitales y todos los cristianos que tienen que ver con la medicina.

Parece ser que la gente ni siquiera tenía que aceptar su evangelio. No tenían que cumplir ningún requisito, pero él

sanó a todos los que vinieron a él con fe. En *Lc. 9, 11* leemos: “El los recibía y les hablaba del reino de Dios, al mismo tiempo que devolvía la salud a los que tenían necesidad de ella”.

Jesús nos dio el poder de la fe para mover montañas o cualquier otro obstáculo. Está claro que esta misma fe puede remover los sufrimientos que nos hacen menos capaces de “amar a nuestros hermanos con todo el corazón, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas”. Si Jesús amó, entonces es probable que él haya sanado movido de compasión, y por eso tomó iniciativas para sanar aún a muchos que no se lo pedían. Según Lucas (6, 8-10), Jesús sanó a un hombre que tenía la mano seca y que aparentemente estaba allí por casualidad cuando a Jesús lo seguían los escribas y fariseos.

En *Lc. 13, 11* leemos: “Y precisamente había una mujer que desde hacía dieciocho años, tenía una enfermedad por causa de un espíritu maligno, y estaba toda encorvada, sin poder enderezarse en manera alguna. Cuando la vio Jesús, la llamó junto a sí y le dijo: ‘Mujer, ya estás libre de tu enfermedad’; y le impuso sus manos. Inmediatamente se puso derecha, y glorificó a Dios”.

Durante la formación de los apóstoles, hicieron varios viajes donde debieron enseñar su evangelio y sanar. Estos dos aspectos estaban íntimamente relacionados. “En cualquier ciudad donde entren y los reciban, coman de lo que les presenten, curen los enfermos que haya en ella, y digan: ‘Está cerca de ustedes el reino de Dios’ ” (*Lc. 10, 8-10*).

Tanto Jesús como sus discípulos se alegraron de tener tanto éxito: “Yo estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Les he dado poder para caminar sobre serpientes y escorpiones, y contra toda la fuerza del enemigo, sin que nada pueda hacerles daño” (*Lc. 10, 18-19*). Esto no quiere decir que Lucas, el médico, se hubiese disgustado por los poderes de sanación de los apóstoles. Más bien, debe haber estado muy feliz de poder relatar en el evangelio estas maravillas.

Hay una afirmación clara de que el poder de Cristo fue transmitido a sus apóstoles: “Se me ha dado todo poder en el cielo como en la tierra. Vayan y hagan mis discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

¿Qué podemos pensar de las palabras de Jesús la noche de la última cena? “De verdad les aseguro: El que cree en mí, también él podrá hacer las obras que yo hago; y aún mayores las hará” (*Jn. 14, 12*). ¿Cuántos cristianos están tratando de hacer esas obras! En una encuesta hecha en una asamblea de Iglesias protestantes, el 34 por ciento de los ministros dijeron que acostumbraban orar para la sanación de los enfermos.

Hay un encargo famoso del Señor a sus apóstoles: “Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a toda la creación y estas señales acompañarán a los que crean... Impondrán las manos a los enfermos y éstos recobrarán la salud” (*Mc. 16, 15-18*). Los primeros cristianos creyeron y oraron por sanaciones. Esto está escrito con claridad en los Hechos de los Apóstoles.

Si uno ha comprobado el poder de la fe y el poder de la oración, entonces sería poco caritativo negar a los enfermos la sanación que no es otra cosa que la respuesta a la fe y a la oración. Jesús parece haber impartido gran poder a los que le siguen.

La sanación nos devuelve la integridad mental y física y es la respuesta ordinaria a los cristianos que creen y oran.

El siguiente testimonio viene al caso:

He sufrido de dolores fuertes de cabeza durante veinte años, y a menudo cuando el dolor se hacía más intenso, esto me obligaba a sentarme derecha, sin movimientos y en un cuarto lo más oscuro posible.

“Conocí al padre Roberto De Grandis, en Grenada, en el Caribe y él habló muchísimo sobre el ministerio de sanación, el poder de la oración y el hecho de que el Señor nos quiere a todos sanos. Vi a muchas personas que sanaron de dolencias físicas y psicológicas. Me sentía muy temerosa de pararme durante la conferencia y de pedir oraciones para sa-

nar. El 25 de agosto de 1973 me desperté con un dolor de cabeza terrible, el tipo de dolor que generalmente me duraba cuatro o cinco días. El padre De Grandis habló sobre el poder de la oración para sanar, y dio un ejemplo de cómo él oró por sí mismo por un problema de su rodilla. Entonces oré por medio minuto diciéndome a mí misma: 'En el nombre de Jesús sé sana de estos dolores de cabeza. Luego elevé mi corazón diciendo, te alabo Señor, te doy gracias, Señor Jesús, por sanarme en este momento. Yo creo, Señor, que tú me estás sanando en este momento'. Y luego seguí orando por casi quince segundos e instantáneamente mis dolores de cabeza desaparecieron. Desde entonces no he tenido más esas jaquecas. ¡Alabado sea el Señor!''.

Hermana PAUL, op

2. Recibirás los sacramentos lo más a menudo posible para sanar

El Señor Jesús se ha dado a sí mismo por todos los hombres de todos los tiempos. A fin de continuar su trabajo de redención y santificación ha dado los siete sacramentos a la Iglesia para moldearnos, llenarnos, transformarnos. El hombre se sana principalmente a través de los sacramentos.

En la constitución sobre la liturgia (cap. I, n. 5) leemos: "Al llegar la plenitud de los tiempos, él envió a su Hijo, la Palabra hecha carne, unguido por el Espíritu Santo, para anunciar el evangelio a los pobres y sanar a los de corazón arrepentido" (*Is. 61, 1; Lc. 4, 18*), para que Jesús fuera medicina corporal y espiritual.

Un teólogo escribió: "Nosotros los católicos no podremos descubrir el objetivo de los sacramentos de manera significativa, a no ser que verdaderamente estemos convencidos de que poseen el poder de sanar a los enfermos. Esto simplemente quiere decir, que ya no podemos ignorar o despreciar la sanación por la fe, aunque no pertenezcan a la Iglesia católica.

"Por el contrario, debemos entender el verdadero significado de esta oración y su lugar en la vida de toda la comunidad cristiana. Debemos también llegar a comprender el minis-

terio de sanación como una parte integral de toda vocación sacerdotal. Debemos llegar a un entendimiento teológico profundo de la relación que existe entre lo sacramental y el ministerio carismático de sanación" (*Pentecostal Piety*, Donald Gelpi, sp, Paulist Press. New York, p. 43).

En la misa tenemos oraciones maravillosas para la sanación del cuerpo, de la mente y del espíritu del hombre en su totalidad. En el "Padrenuestro", tenemos una petición: "líbranos del mal". Ya que el hombre es una totalidad, interpreto esta súplica como una demanda para protegerse tanto del mal físico, como del mal psicológico y espiritual.

La oración que el sacerdote dice dirigiéndose a la congregación durante la misa es la más hermosa: "Que la paz del Señor esté siempre con ustedes". Esta es la oración de Cristo presente en su pueblo. Para mí esto significa, paz al hombre en su integridad total: cuerpo, mente y espíritu. Si alguien está sufriendo de dolores intensos durante el ofrecimiento de la eucaristía, es difícil comprender cómo puede estar en paz. La definición de paz para mí es la "armonía del cuerpo, la mente y el espíritu, lo que trae una tranquilidad general". La gente que fue sanada por Jesús, evidentemente adquirió esa paz. Sin egoísmos. Las experiencias de los que están en el ministerio de sanación muestran que la sanación generalmente lleva a las personas a experimentar una sanación de paz que no habían experimentado nunca antes.

La segunda oración antes de la comunión es: "Esta comunión de tu cuerpo y de tu sangre, Señor Jesucristo, no me lleve a juicio y condenación, sino que por tu misericordia, sea defensa del cuerpo y del alma, y remedio saludable".

Sin lugar a discusión, ésta es una referencia a la sanación. Los sacerdotes, harían bien en llamar la atención a los fieles sobre esta oración. Ciertamente muchísimas personas más sanarían, si viniesen a la eucaristía con una esperanza profunda

de que el Señor Jesús les sanaría. Si decimos estas oraciones sin convicción, sin fe en los beneficios del poder sanador de la misa, no obtendremos nada de ellas.

Todos hemos repetido la oración que está antes de la santa comunión, pero, ¿cuántos verdaderamente se han dado cuenta de lo que la peticion encierra?: “Señor, no soy digno de recibirte, pero di una palabra y seré sanado”. Esta es una oportunidad maravillosa de poner nuestras necesidades de sanación ante el Señor y esperar que si él se da a sí mismo con tanto amor, él nos dará los demás dones pequeños, uno de los cuales es la sanación del hombre en *su totalidad*.

Jesús efectuó nuestra redención y por el poder de lo que hizo por nosotros, tenemos derecho de participar en su victoria sobre el pecado y los efectos del pecado, uno de los cuales es la enfermedad.

El reino de Dios está aquí ya y en la misa comprendemos la presencia del reino de una manera profunda. Este es el momento para recibir los frutos del reino de Dios, la integridad total que debe ser comprendida por el que cree y ama a Jesús.

Participemos en la eucaristía con gran amor y fe pidiendo al Señor que está presente en el banquete que nos “haga íntegros”. A medida que entreguemos nuestras vidas a Cristo, él se da a nosotros y nos sana como sanó a la gente en el evangelio. Nunca rehusó sanar a aquellos que vinieron a él con fe y esperanza. Ninguna vez les dijo que se fueran a casa a sufrir para ser mejores. Le gustaba sanarlos y mandó a sus seguidores que sanasen a todos. Ese mandato aún está en vigencia: “En cualquier ciudad donde entren y los reciban, coman de lo que les presenten, curen los enfermos que haya en ella, y digan: “Está cerca de ustedes el reino de Dios” (Lc. 10, 8-9).

En el libro *La aventura de sanación*, me encontré con un párrafo interesante de un autor que no es católico. El doctor

Paul Tournier, un doctor suizo, eminente conferencista y autor, ha señalado la necesidad de que se practique más el sacramento de la confesión en las Iglesias protestantes.

En una conferencia en el seminario presbiteriano, él nos recordó que Lutero y Calvino creían en la confesión. El doctor Tournier aprendió de su práctica médica, que la gente necesita oír estas palabras: “Dios te perdona tus pecados, a ti personalmente” (*Aventuras de sanación*, Anne White, Logos International, 1969, Plainfield, N. J.).

Esta declaración viene de un psiquiatra, que ha estado escribiendo por treinta años animando a los doctores a tratar a “la persona en su integridad” y no sólo los síntomas físicos. Hoy en día la psicología más avanzada muestra que el hombre es un “todo” y que hay una fuerte relación entre lo físico, lo mental y lo espiritual. En una experiencia reciente en los Estados Unidos, los psiquiatras pidieron que cada paciente se entrevistara con un sacerdote. El resultado fue valioso, pues el tratamiento se simplificó notablemente.

“Los aspectos que precisan sanación —para actualizar lo que ya somos en Cristo— incluyen: prejuicios, remordimientos, odio a sí mismo, inhibición, ansiedades y temores; celos, venganza, vanagloria, cicatrices de resentimientos, insultos, negligencias, errores, etc. Todos los defectos físicos que nos impiden ser capaces de amar libre, abierta, generosa y constantemente como Dios quiere que amemos.

”En verdad, no creo que hayamos sido creados para ser limitados por nuestros defectos y debilidades; fuimos hechos para ser *libres*; libres en el Espíritu de Jesucristo, para hacer y ser todo lo que el Padre nos está llamando a hacer y ser. Sólo deseando verdaderamente que se realice la sanación en nuestras vidas, teniendo esperanzas, y arrepintiéndonos sinceramente de habernos dejado atar por las redes del pecado en el pasado y teniendo siempre conciencia del proceso de sanación

constante dentro de nosotros mismos, como la profundización de nuestra unión con Cristo, llegaremos a comprender el gran acto de re-creación que el Señor Jesús está haciendo en nosotros y por nosotros, restaurándonos a través de él, a la imagen del Padre aun en nuestra época, ahora. ¡Amén! ¡Así sea!” (*The Power In Penance*, Michael Scanlan, tor, Charismatic Renewal Books, 1972, p. 58).

El padre Francis MacNutt, op, hablando sobre la misión redentora de Cristo dice: “Lo que Cristo vino a hacer al mundo fue ser la manifestación visible de la voluntad de Dios para con nosotros y a combatir el mal del mundo en que vivimos. Parte del mal de este mundo es la enfermedad física, psicológica y espiritual. Cuando Jesús se encontraba frente a la enfermedad, nunca alentó a las personas a aceptar su enfermedad. Tampoco acostumbró a darles sermones sobre la necesidad de sufrir y tener paciencia, sino más bien, su ejemplo fue que toda vez que se encontraba con la enfermedad, la trató como un mal y la sanó. Él extendió sus manos para tocarles y sanarles” (De la película *The Healing Ministry of the Church*, Pyramid Films, Box 1048, Santa Mónica, California 90406).

En la misma película, la señora Bárbara Shlemon, habla sobre lo que sucedió cuando ella empezó a orar por los enfermos. “Mientras me encargaba de los pacientes enfermos, empecé a darme cuenta de que sus necesidades iban más allá de lo meramente físico... Cuando empecé a orar por los pacientes, empecé a darme cuenta de que se estaban dando sanaciones mucho más allá de lo que la ciencia médica podía suministrar. Sé que esto nada tenía que ver conmigo como persona, porque yo no era nadie especial, ni una santa, ni ungida con un don más especial que otras personas; solamente, yo estaba dispuesta a ir y orar por todos aquellos que parecían tener necesidad de ello y a decirles, “tú tienes un amigo y su nombre es Jesús y él se preocupa de ti y te ama aún más que yo”.

3. Orarás por los enfermos tantas veces como sea posible

Hay muchísimo que no conocemos sobre el funcionamiento de la mente humana. Según parece, cuanto más oramos por los enfermos, éstos se relajan y desean seguir orando. Por eso es bueno orar con ellos muchas veces.

Algunas personas dicen que hay que orar por el enfermo una sola vez, y luego tener confianza en que la persona será sanada. Esto es bueno, pero la experiencia nos muestra que al orar con frecuencia o cada día con las personas enfermas, ellas abren su mente y su corazón más y más hacia el Señor. Entonces, la regla debe ser orar con ellas lo más a menudo posible, imponiendo las manos sobre ellas.

Siempre que oramos con una persona enferma, se va dando alguna sanación espiritual. A esto se agrega la sanación psicológica que generalmente abre las puertas a la sanación física.

Lo fundamental es no desanimarse, nunca “renunciar” a orar con las personas aunque ya hayamosorado *varias veces*. Mientras oramos por las personas, nosotros mismos estamos siendo sanados. Vamos creciendo nosotros mismos en amor, en fe y en confianza. Esto ya justificaría la oración frecuente por los enfermos.

Debemos tener fe en el Señor Jesús quien insistía en la necesidad de orar siempre. Existe la tentación de vivir de acuerdo a la “sabiduría del mundo”. Jesús pasó la mayor parte de su vida en oración. El es el modelo para los cristianos. Ora tan frecuente como puedas por los enfermos cuando estés ante ellos, en la Iglesia o en tu casa. “Muchas más cosas se consiguen por la oración, de lo que el mundo pueda soñar”.

El peligro no está en orar demasiado por los enfermos, sino en orar muy poco por ellos.

4. Confiarás en el amor de Jesús para sanar a los enfermos

La mayoría de las personas, cuando se encuentran con la oportunidad de orar por los enfermos, se ponen temerosas de no tener suficiente fe. Con frecuencia se trata de personas de madurez espiritual, pero que no han “ejercitado y utilizado” su fe de esta manera, esto es, orando por la sanación de los enfermos.

El Señor sólo nos pide tener fe como “un grano de mostaza”. Por esto se sugiere que estas personas centren su atención en Jesús presente, tocando a la persona enferma con sus manos. En esta forma, el énfasis no se pone en la fe de la persona, sino más bien en el poder del Señor Jesús.

La mayoría de las personas están dispuestas a orar cuando comprenden, desde este punto de vista, la oración por los enfermos. Jesús ama a la persona enferma y quiere que tenga paz, gozo, amor y salud. Entonces, la persona que ora es el instrumento y el canal que el Señor puede usar para sanarla. Es ventajoso concentrarse en Jesús y en su amor en vez de en nuestra propia persona y en nuestra propia fe.

Es una gran ayuda recordar el infinito amor de Jesús por todos los hombres. El quiere el bien de ellos más de lo que ellos lo desean para sí mismos, su amor es inmenso, indescriptible, sin medida. Debemos recordar que él nos usará como canales de su amor, si nos atrevemos a orar cuando el Espíritu Santo nos guía.

El testimonio siguiente ilustra este punto:

“Una de mis caderas era más grande que la otra y un poquito más alta, lo que me desequilibraba. El Padre notó mi dificultad al levantarme de mi silla. El me preguntó si yo quería que rezaran por mi espalda. A pesar de no haber conocido al Padre con anterioridad, inmediatamente me sentí cómoda con él y dije sin dudar ni por un instante: ‘Sí, quiero’. El Padre oró por el reajuste de mis caderas, y ante mi vista sucedió el milagro. ¡Alabado sea Dios, por los siglos de los siglos!

“El no solamente nos aseguró que tenemos el poder de sanar por medio de Cristo, sino también nos exhortó a orar por otros enfermos con fe y acción. Este era el empuje que necesitábamos. Desde esa vez hemos orado por muchas personas y les hemos dado a otros este valor y certeza. Hay muchos que han visto a Dios trabajando a través de sus instrumentos que somos nosotros mismos”.

Hna. MARIE STELLA, ihm
St. Mary's Convent
Monroe, Michigan

5. Impondrás las manos a las personas cuando sea razonablemente posible

Los que han orado con la imposición de las manos, pueden dar testimonio de lo poderoso que es esto. Tal vez sea porque es un gesto natural. Cuando queremos dar consuelo a una persona, ponemos las manos en sus hombros. Cuando nos encontramos con un amigo, le damos la mano. Cuando queremos felicitar a una persona, le damos una palmada en la espalda.

Entonces, tocar a una persona es un gesto natural. Es una expresión no-verbal de amor y preocupación. Los jóvenes se toman las manos y al hacerlo experimentan una comunicación profunda de afecto. Ya que es un “gesto natural”, está bien comunicar nuestro amor y preocupación mientras oramos de esta manera. La combinación de las dos cosas —la oración y la imposición de las manos— parece tener una eficacia especial en los enfermos.

Sabemos que la falta de amor, el sentimiento de no ser querido o apreciado es devastador para la salud física y emocional de la persona. En el mismo acto de orar, hay una demostración del amor de hermanos y hermanas, lo que abre a la persona para recibir el poder sanador de Cristo.

En las Escrituras, tenemos muchos ejemplos de Jesús tocando a las personas enfermas por las que oraba. En los Hechos, vemos a los apóstoles haciendo lo mismo. Mucha gente que es

tá en el ministerio de sanación ha adoptado este gesto de la imposición de las manos mientras oran por otros.

No podemos decir que esto es solamente para los sacerdotes, desde que es un acto tan natural para los seres humanos el tocarse. Parece ser instintivo tocar a otros para hacer sentir nuestra atención, interés, benevolencia o preocupación por otras personas.

El siguiente testimonio ilustra esto:

"Viajábamos en automóvil. El padre Roberto de Grandis manejaba; la hermana Theresa Kreitz, ihm, y la hermana Marie Crepeau, ihm, estaban sentadas en la parte de atrás. Estábamos cruzando el puente en La Unión cerca de la estación de policía, cuando de pronto otro vehículo vino por el puente y nos chocó. El padre fue arrojado hasta el techo del vehículo sin hacerse herida alguna. Sentada a su derecha, yo fui tirada primero hacia adelante, golpeándome la cabeza en el parabrisa y luego caí hacia atrás, con un gran dolor de cabeza, cuello, hombros y espalda. El padre y la hermana oraron sobre mí para mi sanación. En pocos segundos casi todo el dolor se había ido y fui capaz de salir del automóvil. Luego nosotros oramos por la hermana Theresa porque ella había sido impulsada hacia el asiento de adelante pegándose en el pecho.

"Ese día, oramos unos por otros en diferentes momentos. La hermana Marie sentía mucho dolor en la pierna. Se había torcido el tobillo.

"Esa tarde descansamos después del accidente y pasé una noche tranquila. Escribo esto porque doce años atrás, sufrí una luxación en las vértebras dorsales cuando fui golpeada en otro accidente.

"En ese entonces, después de un accidente menos violento, yo no pude acostarme por una semana. Tenía que permanecer sentada toda la noche. El dolor era muy fuerte y los efectos me duraron por ocho años. El dolor fuerte retornaba cada vez que volvía mi cabeza con rapidez a otro lado. Ahora, después de un accidente más violento, fui sanada en pocos segundos por el poder de la oración y la fe de mis amigos. Esto me hace pensar en las palabras de *Mc. II, 24*: 'Por eso les digo: Todo cuanto pidan en la oración, crean que ya lo han obtenido y se les concederá'.

"La pierna de la hermana Marie todavía estaba muy dolorida el día siguiente; pero durante la misa, ella sanó mientras meditaba en las palabras del evangelio.

”Doy gracias a Dios que todos estemos sanos y sin dolor después de este accidente automovilístico”.

Hna. FLORA BRENNAN, ihm
Universidad Católica Ponce
Puerto Rico

Una señora de Michigan dice en su carta:

“Durante todo el miércoles y jueves, antes de la reunión de oración, estuve con un fuerte dolor de cabeza debido a la sinusitis. Cuando ustedes y los otros pusieron sus manos en mi cabeza y en mis hombros, y empezaron a orar sobre mí, yo pedí que el Señor Jesús me quitase el dolor de cabeza. No me cuenta de que mi dolor se había ido totalmente, hasta el momento en que nos juntamos con los demás. Yo había tenido estos dolores de cabeza por ocho o diez años. Estos dolores eran siempre de dos o tres días de duración, y por lo general, de dos a tres veces al mes. Debido a los dolores fuertes, a menudo tenía que quedarme en casa y faltar a mi trabajo. ¡Bendito sea el nombre del Señor!”.

6. Entregarás tu vida en las manos de Jesús

Me parece que el don carismático del Espíritu Santo es una “apertura habitual” al Espíritu para que, cuando él quiera actuar por medio de nosotros, él pueda hacerlo (con su poder sanador, con su sabiduría, etc.).

Por esto es importante que permanezcamos abiertos a él. Esto lo podemos lograr mejor si sometemos nuestras vidas a él en su totalidad. Como sus instrumentos, tenemos que ser flexibles en sus manos. Con nuestra entrega al Señor Jesús, él es capaz de usarnos en lo que guste y donde él quiera.

Jesús nos ha dicho: “Sin mí, nada pueden hacer”. Pablo afirmó: “Todo lo puedo en aquel que me da fuerzas” (*Flp. 4, 13*). Debemos recordar siempre que Jesús es el sanador, nosotros no somos sino los canales que él quiere usar. Si hay una vida de oración profunda, él actuará por medio de nosotros más libremente.

El siguiente testimonio ilustra este punto:

Querido Padre: “Dos semanas atrás un grupo de nosotros fuimos a ver a Gertrude Tinson, la señora que estuvo a punto de morir, pero que fue sanada por el poder de Dios. Antes de salir, ella oró sobre mí. De repente sentí que no podía respirar. Cuando ella terminó de orar, me pidió que respirara larga y profundamente y que dejara entrar al Espíritu Santo. Ella me sostuvo y fui capaz de hacerlo. Hasta el día de hoy sigo experimentando una paz profunda y lo que siento es difícil expresarlo en palabras. Por primera vez en mi vida me he entregado al Señor. Por esto estoy muy en paz; por fin le dejé ‘entrar a él en mi corazón’ como la señora me enseñó.

”Ya no oro para conseguir un marido. Estoy orando, más bien, para tener más confianza, más fe, más amor, paz; y por su gracia para que me haga aceptar su voluntad sea cual fuere. Sea que yo me case o permanezca soltera, ahora sé que él me dará su paz y su amor eterno. Accepto lo que él desca para mí. Si él quiere que me quede soltera, le estoy pidiendo que me dé la gracia de aceptar con alegría esta situación. Si su plan para mí es el matrimonio, yo estoy pidiendo por un esposo bueno y religioso. Pero, alabado sea Dios, cualquiera que sea su plan para mí, sé que nunca más debo dudar que tendré su amor y su paz. Después de todo, eso es todo lo que interesa”.

7. Perdonarás a todos los que te han ofendido o herido

“Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único” (*Jn. 3, 16*). Una de las obligaciones que el Padre celestial ha dejado a todos los cristianos es la de “perdonar a todos los hombres que les han hecho daño”. En el Padrenuestro decimos: “Perdónanos nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.

Desde el momento que Jesús ha hecho “del amor” la piedra angular de sus enseñanzas, tenemos que ser más conscientes de guardar esta norma espiritual. La experiencia de los que están trabajando en el “ministerio de sanación” muestra que el no perdonar a nuestros enemigos y también a nuestros amigos puede ser un gran obstáculo para recibir la sanación. La falta

de perdón a menudo puede ser la causa de intranquilidad y enfermedad.

Una de las preguntas fundamentales que debemos hacer a la persona que está trastornada o enferma emocionalmente es: ¿Has perdonado a todos los que te han herido? ¿Tomaste en cuenta también a tu papá y a tu mamá para perdonarlos?

Según parece, en toda relación con personas cercanas a nosotros hay, con o sin intención, heridas y sufrimientos. Cuando esto sucede, generalmente el resentimiento se va dando lentamente. Este resentimiento se remueve sólo por el perdón. Es posible que esto requiera mucha oración.

Alguien sugirió que deberíamos perdonar a nuestros padres diariamente en nuestras mentes, estén vivos o muertos, y esto porque frecuentemente hay un incidente, castigo o dureza que mucha gente recuerda. Si ha habido alcoholismo, separación, divorcio, etc., será necesario perdonar en la oración.

Tantas enfermedades emocionales parecen tener su origen muy atrás en las relaciones de padres e hijos. Entonces, es recomendable orar todos los días por nuestros padres y en esa oración mencionar el “perdón”.

El siguiente testimonio ilustra ese aspecto:

“Querido padre: Hace dos días, se me pidió ir a orar con una señora que ha estado enferma por varios años; su condición se iba haciendo cada vez peor. Ella había sido operada, y en ese tiempo estaba bajo estricto control médico para permanecer de espaldas en cama lo más que pudiese. Tenía serios problemas domésticos en su hogar.

“Cuando llegué a la casa de la señora, estaba echada de espaldas con fuertes dolores en la cabeza, la columna y las rodillas. Hizo esfuerzos para sentarse llorando y con tanto dolor, que tuvieron que ayudarlo a echarse de nuevo con mucha suavidad. Sabiendo que tenía problemas domésticos comencé a orar por su sanación psicológica. Estaba llena de resentimientos acerca de muchas cosas y a pesar de encontrar difícil perdonar a su esposo y a sus hijos que la trataban mal, después de usar la imaginación creadora y de pedirle que pensara en el Señor Jesús, amándoles y perdonándoles, e invitándole a que ella hiciese lo mismo, ella por fin pudo perdonarlos. Pero cuando llegamos al momento de perdonar a la mujer

con la que su esposo estaba viviendo, ella empezó a temblar y a rechinar sus dientes fuertemente. También se quejó de que los dolores de cabeza se hacían más intensos. No podía decir 'yo perdono' a aquella mujer. Cuanto más resistía en perdonarla, temblaba más fuertemente y sus dientes rechinaban aún más, y sus gritos por su dolor de cabeza eran más altos. Yo oré para que ella se liberara del espíritu de falta de perdón y de sus resentimientos, y sólo después de diez minutos, ella empezó a sollozar y finalmente dijo: 'Yo te perdono porque Jesús te ama'. Inmediatamente se tranquilizó, y entró en lo que parecía ser un sueño profundo. Oré para que el Señor le sanara, le devolviese la integridad de su salud y para que el Señor la llenase de paz y pocos minutos después le pregunté cómo se sentía. Todos los dolores de cabeza, de la columna y de las rodillas habían desaparecido. Se levantó de su cama, nos sirvió refrescos y en ese momento participó lo que había sentido... Alabado sea Dios.

"Yo he estudiado consejería aplicada a la pastoral en los Estados Unidos. En verdad yo puedo decir que lo que se realizó allí por el poder del Señor y por medio de la sanación interior, hubiese tomado por lo menos veinte a veinticinco horas de consejería para lograr la sanación. Alabado sea Dios".

Hna. PAUL, op

8. Amarás a los que te han herido, orando por ellos

La mayor parte de la gente parece tener dificultades en saber si verdaderamente han perdonado a aquellos que les han ofendido. La mejor manera de estar seguros de esto es orar por esas personas. La oración y el amor tienen una definición muy parecida. Orar por alguien es desear lo mejor para esa persona, es pedir al Señor que le dé bondad, lo que es lo mejor para él. Una de las definiciones del amor es "desear lo mejor para las personas que se ama y hacer lo que es razonablemente posible para hacerles felices".

De esto se desprende, que cuando oramos por una persona, podemos estar casi seguros de que le estamos dando amor y haciendo lo que es mejor para ella. Le pedimos al Señor que la favorezca.

Cuando hayamos orado por una persona, podemos estar

tranquilos porque hemos procurado perdonar verdaderamente. Si aún tenemos “sentimientos negativos” pidamos al Señor que él los borre de nuestro corazón. Con frecuencia, no podemos controlar nuestros sentimientos con respecto a las personas que nos han herido. Al verlas sentimos que nuestro estómago se endurece, la sangre se nos sube a la cara, y otras sensaciones físicas y reacciones psicológicas en contra de ellas.

Una forma de eliminar estos sentimientos negativos, es visualizar a la persona en nuestra mente y verle como el Señor la ve, o como la ven sus padres. Repitiendo para con nosotros mismos: “Yo te perdono y te amo como Jesús te ama”. Esto deberíamos repetir lo más a menudo posible, lentamente; veremos un cambio en nuestras emociones y actitud para con esa persona.

9. Creerás en las palabras de Jesús a pesar de lo que parece estar pasando

Sabemos que el Señor ha prometido recompensar la oración y la fe de los cristianos. Entonces, después de haber orado por los enfermos o después de que hayan orado sobre nosotros mismos, debemos depositar nuestra confianza en la palabra de Dios. Con frecuencia no se ve ningún cambio inmediato en la persona. Algunas veces aún aparentarán estar peor que antes. Pero tenemos que confiar sin vacilaciones en la promesa de Cristo.

La mayor parte de las curaciones son lentas. Algunos dicen que esta curación lenta, más bien que una sanación rápida, desarrolla en el enfermo una fe más grande en el poder de Cristo.

Cuanto más nos saturemos de las Sagradas Escrituras, más fe tendremos en la palabra del Señor y seremos capaces de poner mayor fe en nuestra “oración de sanación”.

Como ya mencionamos, debemos orar por los enfermos lo

más a menudo posible. Diariamente deberíamos dar gracias a Dios por lo que está haciendo por ellos. Esto no quiere decir que vamos a dejar de orar. Esto quiere decir que también podemos usar otros tipos de oraciones como por ejemplo: sanación interior o liberación si nos sentimos llevados a ello. Cuando oramos y no vemos resultados inmediatos, después de un tiempo prudencial, pidamos más orientación al Señor y entonces podemos usar las otras clases de oraciones.

10. Alabarás y agradecerás a Jesús por su amor lo más a menudo posible

Se hace imperativo para nosotros los cristianos, alabar y bendecir al Señor por sus bondades y bendiciones para con nosotros, y por ser él tan bueno con sus criaturas. Cuanto más alabemos y agradezcamos al Señor, estaremos guardando el primer gran mandamiento lo más perfectamente posible. “Ama a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con toda tu alma...”.

Cuando hacemos esto, nos estamos abriendo a su poder sanador. La mayoría de la gente pasa diciéndole al Señor sus problemas, sus dolores y sufrimientos. En consecuencia, se concentran más en sus dificultades, en vez de alabar al Señor; sus penas y aflicciones son el centro de sus oraciones.

En la alabanza y el agradecimiento a Jesús, tenemos a Cristo como el centro de nuestras oraciones y dejamos a un lado la compasión por nosotros mismos y la introspección. Si alabamos al Señor, él actuará de una manera sorprendente.

Para un estudio excelente en toda el área de alabanza en nuestras vidas, recomendamos altamente los libros siguientes: *De la opresión a la oración; El poder de la alabanza; Respuesta a la alabanza y Trabajos de alabanza* por Merlin Carothers.

Estos cuatro libros deberían ser leídos por todos los cristianos e íntegramente practicados. Cambiarán el modo de pensar de cualquier lector reflexivo y le darán un nuevo enfoque de la

vida cristiana. Se recomiendan muy especialmente para los enfermos. Más que ninguna otra publicación reciente, yo los he encontrado muy efectivos, en especial para los que están angustiados y afligidos.

Cuando una persona recibe la oración de sanación, lo mejor es recomendarle que dé gracias y bendiga al Señor por lo que él está haciendo por ella. De esta manera la persona se abre para recibir la sanación que probablemente ya se está efectuando en ella. La persona se mantiene abierta a este poder por medio de su actitud de alabanza y agradecimiento.

III

LA SANACION DE RECUERDOS DOLOROSOS

“Mi paz os dejo, mi paz os doy”. Estas palabras están entre las más bellas del evangelio. Cristo murió y resucitó para que tuviéramos la paz del reino de Dios. Un observador dijo que él notaba bien poca diferencia entre los cristianos y los no cristianos. El poder del evangelio debería ser más evidente en las vidas de los seguidores de Cristo.

La redención significa que Jesús venció el pecado y algunos de los efectos debido al pecado. Desde que entregamos nuestras vidas a Dios, deberíamos poseer una paz interior profunda. Algunos aparentemente la poseen, pero no son la mayoría.

La santidad que Cristo quiere que tengamos es armonía entre el cuerpo, la mente y el espíritu; una integración de los tres elementos. Esto implica una *armonía* con la gente que nos rodea.

Sabemos que el hombre está fuertemente influenciado por los recuerdos sensoriales. Si los recuerdos son positivos, agradables, entonces, él tiende a ser una persona positiva y feliz. Si sus recuerdos son negativos, dolorosos, entonces la persona será negativa e infeliz.

Todos los recuerdos del pasado están almacenados en nuestra mente. Sabemos que un noventa por ciento de la mente humana es subconsciente. De este modo, todas las experiencias que hemos tenido en nuestras vidas están en el subconsciente.

Todos estos recuerdos tienen fuerte influencia en nuestra vida emocional. Hay un constante flujo y reflujo entre la mente y el cuerpo, de esta manera, los recuerdos tienen influjo también en el cuerpo.

Podemos indicar algunos principios generales:

- a) Cada sentimiento desde la concepción, da por resultado recuerdos que están grabados en la mente subconsciente.
- b) Estamos fuertemente afectados emocionalmente y aún físicamente por los recuerdos que recibimos por los sentidos.
- c) Asociamos las experiencias presentes con las pasadas.
- d) Los recuerdos negativos dolorosos tienden a hacernos negativos e infelices. (Siempre que encontremos alcoholismo en la familia, los niños tendrán fuertes recuerdos negativos de falta de amor de su padre bebedor, o tal vez de relaciones sin amor entre sus padres; resentimientos contra el padre bebedor por las heridas que causó a la madre, etc.).
- e) Todos hemos experimentado algún grado de miedo, resentimiento o culpa. (Todos hemos tenido experiencias traumáticas. En la mayoría de las relaciones humanas hay heridas que en algún grado causan resentimientos).
- f) La experiencia nos indica que las acciones traumáticas más comunes en la gente son las siguientes:
 - Alcoholismo en la familia.
 - Muerte de los padres o de otros miembros de la familia a temprana edad.
 - Inesperada separación de los padres o de la familia; divorcio o ausencia de los padres.
 - Defectos del cuerpo, de la mente o del espíritu del cual se tiene conciencia, por ejemplo, el ser llamado “gordo”, “flaco”, “chico” o “piernas largas”.Ataques a la integridad de la persona, por ejemplo:

“tú eres tonto”, “tú nunca haces nada bien”, “tú no servirás para nada”.

- Culpa de los pecados del pasado. (Muchos saben que Dios les ha perdonado, pero ellos no se pueden perdonar a sí mismos).
- Miedo, resentimientos de uno de los esposos o padres, lástima de sí mismo.
- No haberse sentido amado, querido, necesitado o apreciado por los demás.

Una de las verdades más importantes de la oración es que ésta puede llegar hasta el subconsciente y sanar los recuerdos dolorosos del pasado.

La psicología racionaliza el pasado y le anima a aceptar los recuerdos dolorosos o bien ayuda a aprender a vivir con ellos, pero la oración cristiana puede sanar para siempre el dolor que producen los recuerdos.

Cuando buscamos ayuda psicológica, los psicólogos ponen énfasis en la necesidad de que hablemos con ellos. Todo esto está en el nivel “intelectual”, cuando en realidad la dificultad está en el nivel emocional. Los recuerdos son la base para nuestra vida emocional estable.

Las experiencias de muchos que trabajan en el ministerio de sanación, testifican que esto da resultado una y otra vez. La señora Agnes Sanford, una de las personas más extraordinarias en el ministerio de sanación, fue la que descubrió esto después de la segunda guerra mundial. Desde entonces ella ha enseñado este método a sacerdotes y doctores.

Un resultado valioso de la identificación de los recuerdos es la posibilidad de orar específicamente por recuerdos bien identificados. Esto parece ser lo más efectivo. El orar por todos los recuerdos en general, no parece ser tan efectivo. El Señor parece responder a la oración particular en forma específica.

El sacerdote puede hacer algo de esto en el sacramento de la reconciliación.

En su libro, *Your inner child of the past*, el psiquiatra, Hugh Missaldine, M. D., afirma que todos tenemos dentro de nosotros mismos al pequeño niño que fuimos, viviendo en nosotros con todas sus tensiones, odios, resentimientos, orgullo, dolores, amor propio, etc. Muchos de los problemas de los adultos resultan de estos resentimientos y emociones negativas ocurridas en la niñez.

En la sanación del hombre interior, por medio de la oración, pedimos al Señor que sane estos recuerdos negativos profundos para que la persona pueda ser libre de esas ataduras. Si un hombre tuvo padres perfeccionistas, conservará la tendencia al perfeccionamiento de todo lo que haga. Aunque las cosas estén bien hechas, él siempre tenderá a perfeccionarlas más, y esto le causará tensiones dejándole un profundo sentimiento de imperfección como lo menciona el doctor Hugh Missaldine. Por medio de la oración, el Señor, le sanará de esta conducta compulsiva hacia el perfeccionamiento exagerado. De la misma manera sucederá con los otros recuerdos dolorosos de la niñez como son los de padres “severos”, “poco amorosos”, “poseivos”, “tolerantes”, “hipocondríacos”, etc.

El doctor Missaldine dice que en cada matrimonio hay seis personas, el novio, la novia y los padres respectivos. Los últimos influyen fuertemente en el matrimonio por los influjos del pasado sobre sus hijos. Esto sugiere que en la preparación matrimonial y en otros tipos de consejería, se hace imperativo orar por las relaciones entre padres e hijos para que los influjos negativos del pasado sean sanados.

Todo sacerdote está llamado a aconsejar. Por su ordenación él tiene el don de sanar —predicar, enseñar y santificar. Santificar significa hacer “santo”— “hacer íntegro”. Esto quiere decir, que todo sacerdote está llamado al ministerio de “sana-

ción” siendo mediador de integridad por medio de la oración de fe.

Con frecuencia, la sanación interior se da parcialmente o completamente por medio de los sacramentos, grupos de oración, o retiros. Sin embargo, parece que la oración de la comunidad por una persona enferma es un gran canal de sanación, como también la oración de las personas que tienen el ministerio de “sanación”. Algunos tienen el llamado especial de ser ministros de “sanación interior” y tienen resultados en casi un ochenta y cinco por ciento de las personas por las que oran.

Tenemos también un don del Espíritu Santo que indica a la persona que ora por otra perturbada, cuál es el recuerdo específico que causa el dolor y el problema de esa persona. Pablo dice: “Y así, a uno se le da, mediante el Espíritu, palabra de sabiduría; a otros según el mismo Espíritu, *palabra de conocimiento*” (1 Cor. 12, 8).

Si oramos nuevamente el Señor nos dará la llave del recuerdo subconsciente que está causando la dificultad a la persona enferma. Algunos imponen las manos en las personas y piden una *palabra de conocimiento* y generalmente ésta viene a ellos. Puede ser un “sentimiento”, una palabra en la mente o una imagen. Por ejemplo, si hay un problema de alcoholismo en la familia, una imagen vaga de una botella vendrá a la mente. Si ha habido castigo severo, se presentará una imagen de un garrote o un látigo. Otras personas parecen escuchar una palabra que con suavidad les habla a su espíritu, “alcohol” o “castigo”. Algunas personas sentirán el miedo en su espíritu y esto les hace saber que ha habido excesivo castigo o bebida. Luego, conociendo el recuerdo, se pregunta al paciente si se acuerda de algo con relación a esto. Después que el paciente habla sobre el asunto, la persona ora por la sanación de las dolencias asociadas con los recuerdos.

Este proceso es repetido tantas veces como el consejero vaya recibiendo una *palabra de conocimiento*. Cuando algu-

nos de estos recuerdos son removidos, causan sentimientos negativos en la persona afligida. De vez en cuando, el paciente tendrá uno o dos días malos después de la sesión de oración antes de que la sanación empiece a manifestarse. Los pacientes serán capaces de recordar incidentes del pasado y ya no serán afectados por ellos. Esta es una señal de que la herida interior fue sanada, en especial si anteriormente la persona sentía dolor al evocar ese recuerdo.

Otra manera de llegar a la raíz de los problemas es preguntando: ¿Amabas a tu papá y a tu mamá? ¿Cuándo empezaste a sentirte infeliz? ¿Cuáles han sido las experiencias más negativas en tu vida?''.

Estas preguntas evocarán sucesos pasados por los cuales habrá que orar. Cuanto más tierna es la edad del niño, tanto más fuerte habrá sido el impacto traumático. Debemos buscar los hechos que han sido experiencias negativas para la persona: falta de amor, rechazo, sentimiento de inferioridad, comparación desfavorable con otros hermanos y hermanas, brutalidad, persecución, sustos causados por personas, animales o accidentes (como un accidente automovilístico).

Es interesante este dato: la Asociación Médica Americana asegura que un ochenta por ciento de las enfermedades son de origen psicosomático, lo que significaría que éstos pasan de la mente al cuerpo. La sanación de los recuerdos aliviará muchas de las enfermedades físicas.

Ejemplos:

El señor X tuvo un accidente grave en Nueva Orleans. Un domingo después de la misa, su esposa me mencionó que él no había podido dormir durante las dos semanas que siguieron al accidente. Estaba muy nervioso y no era el mismo de antes. En la puerta de la Iglesia, oramos muy brevemente pidiendo al Señor que sanase el recuerdo del accidente, con todos sus miedos, dolores, heridas y tensiones, y que él le diese la paz. Una semana más tarde su esposa manifestó que desde ese momento él estaba durmiendo plácidamente todas las noches.

Accidentes de todo tipo, ocasionan recuerdos dolorosos.

Yo mismo he tenido ocasión de estar en un accidente, y he notado que cuando paso por el lugar donde me chocaron, me pongo nervioso y turbado. Continué orando por ese recuerdo doloroso, especialmente cuando estaba cerca del lugar del accidente. Ahora puedo cruzar el puente donde sucedió el choque y no me siento afectado. ¡Alabado sea el Señor!

Hay muchas personas que han experimentado un accidente en la familia cuando aún eran niños, y todo el sufrimiento de lo que pasaron aún está en ellos. Casi todas las personas hemos experimentado esto. Deberíamos orar por nosotros mismos cuando nos vienen estos recuerdos. Podemos pedir a un grupo de oración, o a una o dos personas que oren con nosotros. Deberíamos llegar a un punto en que nos sintamos cómodos con los recuerdos del pasado y en que ya no nos molesten al reflexionar sobre ellos.

Un peligro frecuente es el de no querer hacer mucho caso de los recuerdos del pasado. Es muy traumática para el niño la muerte de sus padres a temprana edad. Esta le trae una gran inseguridad. Sin embargo, como adultos pueden decir que no fueron afectados. La experiencia nos indica que esta experiencia siempre deja huellas profundas y se debería orar para sanarlas.

Sucede que cuando oramos por las personas y se pide al Señor una *palabra de conocimiento*, la persona enferma no puede identificarse con ella. De todas maneras, se debe orar por esa necesidad, porque la persona la recordará posiblemente algunos días después. Esto es muy común. El recuerdo sale a la mente consciente al poco tiempo; entonces la persona recuerda el suceso.

Hay cosas que nos han sucedido aún antes de una edad que podamos recordar. Por ejemplo: Hay personas que han sido heridas en el momento del nacimiento. Esto puede venir a luz por medio de una *palabra de conocimiento*. No hay forma en que la persona sepa esto. Entonces, por lo que se sabe por me-

dio de la *palabra de conocimiento*, se debe orar por esa persona.

La señorita X, sentía pánico con los gatos. No podía aguantarlos. Una noche durante la reunión de oración, mencionó esta dificultad. El grupo oró por su sanación. Días más tarde ella descubrió que su miedo había desaparecido. Ahora podía ya acariciar los gatos y ya no tenía miedo.

El miedo es común en mucha gente. Podría ser miedo a la oscuridad, a un animal, a los incendios, al agua, o a un sinnúmero de cosas. Según parece, los miedos se generan por eventos traumáticos en la niñez. Cada uno puede orar por esto con facilidad. Ayudaría si pudiese pedir una palabra de conocimiento para precisar el suceso. Sin embargo, cuando se trata de miedos exagerados, habría que pedir oración. Rezar en un grupo de oración será siempre mejor que orar a solas.

Cuando queremos orar por la sanación de los recuerdos nosotros mismos, el momento ideal para ello es después de haber recibido la comunión. Cristo está presente en nosotros y desea que estemos libres de todos los recuerdos dolorosos. Sencillamente pidámosle que nos sane con su amor. Las reuniones de oración son también ideales debido a que hay tanta alabanza al Señor en ellas. La alabanza crea la atmósfera necesaria que facilita la sanación.

El señor B, es un hombre de negocios, joven. Mientras nos bañábamos en la piscina de su casa, él mencionó que no podía nadar en la parte honda porque le daba dolores de cabeza. Esto parecía ser psicossomático. Le pregunté si quería orar conmigo para pedir una *palabra de conocimiento*. La imagen que surgió fue la de un barco en el océano. De inmediato le pregunté si él o uno de sus parientes habían estado en la marina. Dijo que no. Yo pregunté: “¿Qué significa un barco para ti?”. No pudo pensar en nada especial. Finalmente, dijo que su primo era un prisionero de la segunda guerra mundial y estaba en un barco de prisioneros al

que un submarino norteamericano lanzó torpedos hasta hundirlo. Oré con él para que el Señor sanara esos recuerdos. Más tarde, en una carta me dijo que él podía nadar en la parte profunda de la piscina y sin ningún dolor de cabeza.

Este es un ejemplo típico de *asociación* de ideas que ya mencioné con anterioridad. Es evidente que él asociaba las aguas profundas con el suceso, traumático para él, del ahogo de su primo. Una vez que se rezó por él, la memoria dolorosa fue sanada. Una vez sanado por Jesús, el recuerdo permanece pero el dolor traumatizante que el hecho produce, desaparece para siempre.

Los problemas de viudas y viudos se relacionan con esto mismo. Cuando uno de los cónyuges muere, algo de su pareja muere con él. A esto se debe que los casados frecuentemente mueren muy pronto uno después del otro. El deseo de vivir disminuye y pronto sucumben. A menudo, la viuda o el viudo contraen una enfermedad poco después de la muerte de su cónyuge. ¿No será esto un debilitamiento de los poderes de resistencia del cuerpo, debido a la angustia mental por la muerte del ser querido?

Deberíamos orar por estas personas pidiendo al Señor que sane los recuerdos dolorosos y la soledad que sigue a ellos. Este es un ministerio especial para aquellos que trabajan con los ancianos.

La señorita V confesó que ella no podía dormir bien de noche. Después de hacerle algunas preguntas, supimos que esta señorita, había tenido una experiencia negativa a la edad de cinco años cuando los policías entraron en su casa de noche bruscamente buscando a un criminal. Como resultado, ella tenía miedo a los policías y miedo a dormir. Oramos por ella y más tarde nos hizo saber que sus miedos habían desaparecido y podía dormir tranquila.

Esta joven sufrió por once años de algo que fue tan fácilmente arreglado. Jesús nos ha dado el maravilloso poder de la oración para usarlo en todas las circunstancias de nuestras

vidas. Algunas personas creen que no deberíamos pedir al Señor por cosas insignificantes, por ejemplo: por un día lindo, un estacionamiento en el centro, ayuda para realizar un trabajo rápidamente, etc. Jesús quiere ayudarnos en todas las circunstancias de la vida. Esto es válido en especial para aquellas cosas que destruyen nuestra paz y nuestro gozo. "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn. 10, 10).

El ministerio de sanación es maravilloso. Somos capaces de ser instrumentos de sanación y de paz para otros, de la misma manera como podemos dañar a otros. Deberíamos orar por las cosas grandes y pequeñas de los demás. Los recuerdos dolorosos son "grandes" porque nos restringen en nuestro poder de amar y de entregarnos a otros. Seamos generosos, amando y orando por nuestros vecinos en sus necesidades.

Otro ejemplo:

"Cuando yo tenía seis años, mi papá fue asesinado. Luego mi hermano fue gravemente herido en un accidente automovilístico y vivió todavía ocho meses durante los cuales sufrió muchísimo. Finalmente murió. Entonces mi mamá tuvo una operación muy seria. En 1962, mi tío murió en un choque de vehículos. A su hijo tuvieron que amputarle una pierna.

"Yo perdí un hijo antes del nacimiento de mi segundo hijo. He tenido la presión alta y dolores de cabeza. Sufrí mucho por todo aquello. Entonces pedí oraciones para aliviarme. Ahora ya no me atormento como antes y no lloro cuando pienso en todas las muertes de mis parientes. Yo le doy gracias a Dios por haberme sanado".

IV

OTROS PENSAMIENTOS SOBRE LA SANACION

“La multitud acudía también de las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo enfermos o poseídos por espíritus impuros, y todos quedaban curados” (Hech. 5, 16)

Oración por una persona ausente

Muy a menudo se piden oraciones por un enfermo que está lejos. Alguien puede sentarse en lugar de la persona ausente, sustituyéndola mientras el grupo de oración impone las manos y ora por ella. El sustituto de la persona enferma o conflictuada, debería usar su imaginación creadora para visualizar a la persona enferma donde esté (en el hospital, en la casa, mirando televisión o durmiendo, etc.), y enviar su amor a esa persona en necesidad, imaginándola feliz y llena de salud. Muchas bendiciones se han obtenido cuando se ha orado de esta manera. La carta siguiente ilustra esto:

“Hace dos meses, mi sobrina Phyllis me llamó para decirme que su esposo Ivor, estaba en cama muy enfermo con dolores de úlceras; ella se veía obligada a llevarlo a Barbados al día siguiente, para un tratamiento especial y una operación. El dolor era tan fuerte que no podía comer ni beber. Esa noche en el grupo de oración me senté en la silla mientras el padre y las hermanas oraron sobre mí por él. A eso de las 7 p. m. recibí otra llamada telefónica de mi sobrina para decirme que de un momento a otro Ivor se había levantado, los dolores le dejaron y había sido capaz de comer y beber. Cuando le pregunté a qué hora sucedió eso, no me sor-

prendió la hora, pues era la misma en que nosotros orábamos por él. ¡Alabado sea Dios!

“Mi sobrina estaba feliz y decía: Esto es un milagro.

“El siguiente sábado le di la noticia al padre y a las hermanas. Esto fue en mi casa. Nuevamente ellos oraron por Ivor, pero esta vez para una sanación completa y para que no se operase. El martes siguiente, él volvió de Barbados. Las radiografías mostraron claramente que los pulmones y su corazón estaban en buenas condiciones y que no había necesidad de operación. Ocho días más tarde él pudo volver a su trabajo, a donde fue manejando su auto 37 kilómetros. Al pasar por mi casa, él se detuvo para decirme que se sentía mejor que nunca. ¡Gracias y alabanzas a Dios por su maravilloso milagro que verdaderamente necesitábamos tanto en Grenada!”.

Santidad

Algunos dicen que no quieren orar por los enfermos porque no son suficientemente santos. Si todos pensarán así, no habría ninguna persona orando. Nunca me he encontrado, con alguno que se sienta lo suficientemente “santo” para rezar por los enfermos. Precisamente porque nos sentimos indignos, estamos convencidos de que es el Señor el que sana. Somos cañerías “oxidadas” llevando agua cristalina. Somos los instrumentos indignos del Señor. Es evidente que ningún sacerdote se siente suficientemente digno para celebrar la eucaristía, pero eso no le detiene para hacerlo diariamente. Tampoco debemos depender de los propios sentimientos. Más bien debemos poner énfasis en el amor de Jesús por los enfermos. El nos usará si con humildad nos ofrecemos para colaborar con él en este ministerio de sanación.

Orgullo

A veces escuchamos que sería orgullo orar por la sanación de otra persona. Otros han dicho que sería orgullo *no* orar por una persona que lo necesita, si el Señor está indicando que lo hagamos. Siempre es posible que nos sintamos orgullosos cuan-

do el Señor trabaja por medio de nosotros. Pero ¿no pasa lo mismo con los otros dones? El Señor proveerá para nuestra purificación de alguna manera. Sin duda, él permite muchas cosas que nos purificarán de nuestro egoísmo y vanidad. A menudo él nos deja hacer las cosas a nuestro modo y nosotros mismos nos causamos mucho dolor y daño. Nosotros mismos somos causa de nuestra propia humillación. Vayamos con amor donde los que nos necesitan, y confiemos al Señor nuestro crecimiento en humildad.

Áreas especiales

Parece darse en algunas personas una apertura especial al Señor en una o en varias áreas determinadas. Algunas personas sienten la inclinación de orar con los que tienen problemas matrimoniales y como consecuencia son instrumentos de sanación para estas personas. Otros orarán con frecuencia con los enfermos mentales y tendrán mucho éxito. Otros sentirán que el Espíritu Santo los orienta hacia los alcohólicos y notarán que estas personas son capaces de dejar su alcoholismo. Debemos orar al Señor pidiendo orientación, porque algunos serán escogidos para determinadas clases de enfermedades o dolencias.

La meta

Parece que estamos volviendo a la idea de la Iglesia de los primeros cristianos. Estos pedían al Señor signos y portentos. Cuanto más sanaciones veamos, tanto más se fortalecerá nuestra fe y más capaces nos sentiremos de orar por la sanación de toda clase de problemas, especialmente en la comunidad. Oramos para que las leyes sean justas con los pobres, y también trabajaremos por ello. Oramos por los líderes que parecen ser guiados por deseos egoístas; oraremos para que se arreglen los conflictos entre las naciones. En una palabra, a fin de re-

construir el orden social, incorporaremos más del poder del Señor a nuestra sociedad.

Sanación sacramental

No existe conflicto entre el poder sanador de los sacramentos y el poder sanador de la oración. Se complementan mutuamente. Sin embargo, debemos poner énfasis en el poder sanador de Cristo, a través de los sacramentos. Por medio de la oración privada, nos preparamos para recibir los sacramentos y los sacramentos deberían alimentar nuestra oración privada (Esta idea es subrayada por el padre Donald Gelpi, sj, en su libro excelente, *Pentecostal piety*).

Comunidad

Uno de los aspectos más interesantes de la Iglesia de hoy es la *comunidad de amor*. Son cada vez más numerosos los que descubren el poder de la *comunidad de cristianos que oran*, tales como “La Comunidad de la Palabra de Dios” en Ann Arbor (Michigan), y las casas de oración de la Iglesia del Redentor en Houston (Texas). Un amigo de una “Comunidad Carismática” dijo que ninguna enfermedad deja de ser sanada si una persona vive en una comunidad de amor por los menos dos años. Esto nos dice mucho. Nos confirma la verdad que Cristo nos enseñó de amarnos unos a otros; cuando lo hacemos, la gente puede crecer como personas y pueden ser sanados si hay necesidad. Entre personas que viven en comunidad hay mucho amor y oración. Deberíase decir lo mismo de nuestros *grupos de oración* y de nuestras *comunidades parroquiales*.

¿Por qué ahora?

Muchos preguntan por qué estamos volviendo a orar con imposición de las manos. Una de las razones más fuertes es el

nacimiento de la renovación carismática. Pero debemos recordar que por setenta años ha habido grandes movimientos de sanación en la Iglesia anglicana en Inglaterra. Ellos han hecho un trabajo excelente explorando “la enseñanza de sanación del Nuevo Testamento”. Afirman que la Iglesia cristiana se caracteriza por *la predicación, la sanación y el bautismo*. Parece haber una gran verdad en esta afirmación.

¿Cuántos son sanados?

Una autora dice lo siguiente: “Muchos clérigos coinciden en que sanan ochenta por ciento de los enfermos”. Más adelante ella dice: “Creo haber visto todas las enfermedades posibles sanadas por el poder de Dios, pero cada vez, antes de cada servicio de oración, tengo que luchar pidiendo fe”. En la primera conferencia carismática latinoamericana, en noviembre de 1972, el padre Francis MacNutt, op, mencionó que algunos sacerdotes de Sudamérica veían que un ochenta por ciento de la gente se sanaba cuando se oraba por ellos.

¿Prepararse para sanar?

La persona que pide las oraciones de la comunidad haría bien si se preparara por su parte. Una forma sencilla sería la siguiente:

- Despertarse con oraciones de agradecimiento y pidiendo dirección del Señor.
 - Orar frecuentemente durante el día.
 - Leer las Santas Escrituras por quince minutos, en especial la primera epístola de san Juan.
 - Perdonar a todos los que le han ofendido y dejar de lado todo resentimiento.
- Renovar la confianza en el poder sanador de Cristo.

Sabiduría

Los dones del Espíritu Santo colaboran para ayudarnos a servir al Cuerpo de Cristo. El don de sabiduría nos lleva con suavidad hacia lo que el Espíritu Santo nos indica. Los que oran por las personas deberían cada día pedir *sabiduría* para vivir la confirmación sacramental llevando a otros la bondad y el amor de Cristo.

De vez en cuando sentiremos un impulso a realizar algo “extraordinario”, como sería orar por todas las personas de una sala de hospital. Precisamente en estos momentos debemos buscar la sabiduría de Dios. Ora pidiendo al Señor que te manifieste su voluntad en relación a esto. Otras veces, quizás sintamos el impulso de ir donde una persona y ofrecerse a orar con ella. En esto, necesitaremos la dirección de la sabiduría. Ora y actúa solamente cuando veas que hay una “confirmación” en la oración. También podemos usar las Escrituras para confirmar lo que nos parece ser una indicación del Señor.

Debemos orar por aquellos que vienen a nosotros, pero debemos tener mucho cuidado cuando se trata de hacer algo “extraordinario”. En caso de duda, siempre pide que el Señor te ilumine por medio de la oración. Al servir a otras personas con nuestra buena voluntad, debemos tener cuidado de *no irritar ni molestar*. Hazlo todo por amor y guiado por el Espíritu.

Los médicos

“No son los sanos los que tienen necesidad del médico” (Lc. 5, 31). En este contexto, Jesús está hablando de la necesidad de llamar al reino a todas las personas, pero muy especialmente a los pecadores.

Es interesante pensar que él probablemente se estaba refiriendo a la salud del hombre completo, puesto que Jesús tenía el concepto judío del hombre, es decir: como una persona íntegra de cuerpo, mente y espíritu.

Posiblemente muchos médicos seguían a Jesús porque él sanaba toda clase de enfermedades. Ciertamente, todos conocían lo que estaba sucediendo. Los doctores veían cómo sanaba Jesús a muchos pacientes que ellos consideraban sin remedio. Esto debe haberles llamado mucho la atención. Lo que otras personas no podían hacer, Jesús lo estaba haciendo en gran escala, esto es, sanar a los incurables.

El mismo hecho de que un médico, Lucas, escribiese los acontecimientos de la vida de Jesús indicaría que algunos médicos sabían de Jesús, estaban impresionados por sus milagros y posiblemente le seguían.

El ideal sería que un médico cristiano fuese hombre que combinase el conocimiento médico y la vida cristiana, en especial la oración de sanación para hacer que los hombres lograsen esa integridad que Jesús deseaba para ellos. Porque la santidad no es otra cosa que la armonía y unidad entre el cuerpo, la mente y el espíritu, la que se expresa en "unidad" con el Señor y con nuestros hermanos.

El hecho de que Jesús haya hablado respetuosamente de los doctores, nos lleva a otro punto. El Señor quiere que usemos todos los medios para la salud integral. Los que dicen que no debemos ir a los doctores y que la oración es suficiente, pueden estar pasando por alto el deseo completo de Dios sobre la sanación.

Puede darse el caso en que algunas personas usen solamente la oración en vista de la salud, pero a mí me parece que esta sería una situación especial, indicada por el Espíritu Santo. Generalmente, el Señor quiere que usemos en conjunto todas las cosas que nos llevan hacia Dios.

En Inglaterra, la sociedad médica británica y la Iglesia anglicana han unido sus esfuerzos en comisiones para examinar el "ministerio de sanación". Esta es una situación ideal, donde, tanto la religión como la medicina se unen para entender más plenamente al hombre en relación al Señor y a la vida.

Posibles causas de enfermedades

El pastor Robert Forget se ha basado en cientos de casos observados en su ministerio en Francia, para confeccionar una tabla de correspondencias. Por ejemplo: “El hígado es atacado por el miedo, la preocupación; el corazón es atacado por el miedo, el choque emocional; la piel es atacada por la ansiedad, la angustia; la vejiga es atacada por el odio, los celos; los nervios son atacados por choques emocionales; el eczema puede ser causado por deseos inhibidos o reprimidos; el reumatismo puede ser causado por amarguras, resentimientos”. Todo esto nos hace pensar en algunas expresiones comunes que relacionan las emociones con la enfermedad, tales como: “Esa persona me enferma el estómago” o “Esa persona me da dolor de cabeza” (*Healing Adventure*, Ann S. White, 1972, Logos Press, p. 93).

La voluntad de Dios

Muchos autores tratan la voluntad de Dios desde dos puntos de vista:

a) *La voluntad perfecta*, indica el plan y eterno designio de Dios. Por éste él quiere que todos los hombres se salven, sean santos, felices y sanos. Repetidas veces en el Nuevo Testamento, Jesús pedía esas bendiciones para todos los hombres. Sus acciones también parecen indicar esto: él trabajó para extender la salvación, santidad, felicidad y salud de todos los hombres.

b) *La voluntad permisiva* de Dios, se refiere al hombre de este mundo, que con su libre voluntad puede hacer lo que quiere, a menudo en contra de los mandamientos de Dios.

Por su voluntad “perfecta”, Dios desea lo bueno para nosotros; pero por su voluntad “permisiva” Dios nos permite elegir a nosotros mismos lo que queremos hacer de nuestras vidas. Tenemos que alternar con la gente y tenemos compromi-

sos sociales. Cuando oramos por la sanación, estamos orando por la gente de acuerdo a su voluntad "perfecta" y podemos orar con la certeza de que el Señor quiere sanar a estas personas, pero las circunstancias en que ellas viven, ejercen cierta influencia negativa para su sanación. Por ejemplo: Si no quieren desprenderse de su falta de perdón, el poder sanador del Señor no podrá tocar sus cuerpos y sus mentes. "Perdónense unos a otros como yo les he perdonado".

Esta diferencia es usada por algunos autores para ilustrar cómo podemos orar sin formas condicionadas cuando se trata de la sanación. Generalmente, ya hacemos esto cuando oramos por la salvación. "Señor salva a esta persona y llévale al cielo". Sabemos con toda seguridad que el Señor quiere su salvación. Esto parece tener aplicación también cuando oramos por la sanación.

El papel de la religión en la sanación

El doctor Edward Aubert, un médico británico por más de treinta años ha criticado a la medicina moderna por haber llegado a ser tan materialista y por tratar a la gente como si fuese algo mecánico, en vez de almas vivientes. Basado en su observación personal, él atestigua que los pacientes que recibieron el rito de la imposición de las manos mientras estaban recibiendo el tratamiento médico apropiado, mejoran más rápidamente que otros.

El doctor Aubert cree que él está en una posición especial para observar la diferencia y apreciarla en lo que vale. Tuvo una clientela particular por veinte años, y ha sido médico residente en el Dorothy Kerin Home of Healing, por once años. La casa Kerin tiene un cuerpo completo de doctores y enfermeras además de una Iglesia. La gente puede acercarse al consultorio, arrodillarse y recibir el ministerio de sanación con la imposición de las manos del sacerdote.

El médico británico observa que las escuelas de medicina están obsesionadas con la tecnología, y pasan por alto los problemas espirituales de rabia, miedo, compasión por sí mismo, o resentimiento que generalmente está en la base de la enfermedad física del paciente (*Emmanuel*: Vol. 80, No. 1, January, 1974, p. 9, 194, E. 76 St., N. Y.).

CONCLUSION

Esperamos que los lectores usarán las oportunidades que el Señor les enviará para orar por los que necesiten. El obstáculo más difícil en el ministerio de la sanación es el “orar por primera vez”. Generalmente, las personas se imaginan toda suerte de obstáculos para orar por los enfermos. Uno aprende a escribir, escribiendo, a caminar, caminando, a manejar, manejando.

Con fe profunda, amor y confianza en el Señor, empieza a trabajar y responde a las orientaciones del Espíritu Santo, y ora por los enfermos que llegan a ti en su necesidad. Pide al Señor que te dé la gracia de vencer el miedo, la ansiedad y el qué dirán. Poco a poco él lo hará; entonces verás que tu vida se enriquece más allá de lo imaginable. ¡La paz del Señor esté contigo!

BIBLIOGRAFIA

1. NEAL Emily Gardner, *God can heal you now*, Prentice Hall, New York.
2. WHITE Anne S., *Healing adventure*, Logos, 1969, Plainfield, N. J.
3. KELSAY Morton, *Healing and Christianity*, Harper & Row, 1973, New York.
4. NEAL Emily Gardner, *A reporter finds God*, Morehouse-Barlow, New York.
5. SANFORD Agnes, *The healing gifts of the Spirit*, J. B. Lippincott, Philadelphia.
6. SANFORD Agnes, *The healing lighth*, Logos, 1972, Plainfield, N. J.
7. MACNUTT Francis, op, *Healing*, Ave Maria Press, Notre Dame, Indiana.
8. SCANLAN Michael, tor, *Inner healing*, Paulist Press, Paramus, N. J.
9. MISSALDINE Hugh, md, *Your inner child of the past*, Harper and Row, New York, N. Y.

INDICE

Prólogo	5
Introducción	7
I. Sanación	11
Bases Bíblicas	12
Conclusiones	20
II. El servicio de sanación	28
III. La sanación de recuerdos dolorosos	48
IV. Otros pensamientos sobre la sanación	58
Conclusión	68